

XVII

NUEVO IMPULSO DADO A LA COMPAÑÍA. REORGANIZACIÓN DE LA ADMINISTRACIÓN GENERAL. CONTINUACIÓN DE LA LIQUIDACIÓN FINANCIERA. VISITA AL NORTE: A SAINT-REMY.

(Noviembre 1833 – Abril 1835)

Fuera, la situación política se había consolidado; dentro, la agitación de los espíritus se había apaciguado: parecía que había llegado el momento de que la Compañía retomase su marcha anterior. El P. Chaminade se empeñó en ello con decisión y firmeza. A partir de este mes de noviembre de 1833, tomó una serie de medidas tendentes a un triple fin: el fortalecimiento interior de la Compañía, el desarrollo exterior de sus obras y la extinción progresiva de sus deudas.

Para ello, vemos al Fundador dirigir a la Compañía cartas circulares, reorganizar el Consejo de gobierno, retomar la redacción de las Constituciones, trabajar en la formación de los religiosos, y después, en una visita general, darse cuenta por sí mismo del estado de las obras y poner en vigor los reglamentos.

Los primeros actos oficiales en la vía de la reorganización están fechados el 12 de noviembre de 1833.

Uno de ellos reconstituye la Administración general. Desmontada por la salida del P. Collineau y el sr. Auguste, el P. Caillet reemplaza al P. Collineau y el sr. Mémain reemplaza al sr. Auguste. El sr. Mémain es preferido al sr. Clouzet, porque, viviendo en Burdeos, puede cumplir más regularmente las funciones de su cargo.

Un segundo acto del mismo día ordena la firma y la transcripción regular de los compromisos exigidos por los Estatutos: esta formalidad de orden civil era indispensable para beneficiarse de las ventajas que se seguían del reconocimiento legal del 16 de noviembre de 1825.

**710. Agen, 12 de noviembre de 1833
Al padre Caillet y al señor Mémain**

(Orig. – AGMAR)

NOMBRAMIENTO DE DOS ASISTENTES

Nos, Superior general de la Compañía de María.

Queriendo proveer a las necesidades que siente nuestra Administración general por la salida consecutiva de dos miembros de nuestro Consejo y Asistentes, hemos nombrado y nombramos por las presentes, como nuestro primer Asistente y miembro del Consejo, al P. Caillet, Jorge, reemplazando al P. Collineau, salido de la Compañía, y nombramos igualmente al

sr. Mémain, primogénito, como tercer Asistente reemplazando al sr. Brougnon-Perrière Santiago, llamado Auguste, también salido de la Compañía de María.

El sr. Bonnefoi Carlos-Francisco, nuestro Secretario particular, hará conocer a los arriba nombrados su nombramiento respectivo y recibirá su aceptación.

Dado en Agen, el 12 de noviembre de 1833, G. J. Chaminade.

Por orden del Superior general, Bonnefoi, Secretario particular.



711. Agen, 12 de noviembre de 1833
A toda la Compañía

(Orig. – AGMAR)

ORDENANZA REFERIDA A LA INSCRIPCIÓN OFICIAL DE LOS COMPROMISOS EN LA COMPAÑÍA.

Nos, Superior general de la Compañía de María.

Habiendo tomado conocimiento de los registros de la Compañía, y en particular del de las admisiones a las pruebas y recepciones de compromisos de los sujetos, tal como se indica en el artículo 9 de los Estatutos de dicha Compañía de María;

Habiendo visto con pesar que los actos de compromisos no estaban redactados, para la mayor parte, tal como están ordenados por el artículo 6 de los Estatutos, ni inscritos en forma como prescribe el artículo 9, y que además hay varias omisiones; sin examinar las causas de tal irregularidad, y sin censurar al señor Secretario general de la Compañía, que tendría numerosas excusas que aportar para su justificación, sea por nuestras largas ausencias para la visita de nuestros establecimientos y los trabajos que varios de estos exigían, sea por las dolencias y enfermedades del mismo Secretario general;

Hemos ordenado y ordenamos:

1º Que se saquen copias a limpio de los Estatutos de la Compañía de María y, a continuación, se establezca una fórmula general de compromisos;

2º Que estas copias sean enviadas a nuestros diversos establecimientos para que las firmen los miembros de la Compañía propiamente dichos;

3º Que sea abierto y paginado un registro, después que haya sido reconocido por nosotros al principio y al fin: en él se copiarán los Estatutos de la Compañía de María, la fórmula general de compromisos, y se inscribirán todas las firmas que se encuentren al pie de las copias que estén de vuelta;

4º Estas copias, firmadas por los miembros de la Compañía, serán conservadas como documentos originales y probatorios;

5º Y en adelante, todos los sujetos que sean admitidos en la Casa central serán inscritos en la forma y modo prescritos por el artículo 9 de los Estatutos: reservándonos autorizar a otras dos casas de probación en que, según el parecer de nuestro Consejo, los compromisos puedan ser recibidos y registrados regularmente según lo que se dice en el artículo 10.

6º La presente Ordenanza será enviada a todos los Jefes de establecimientos e inscrita también a la cabeza del nuevo registro.

Dado en Agen, el 12 de noviembre de 1833, con nuestra firma y el refrendo de nuestro Secretario particular.

A continuación de la carta 711 se han conservado dos fórmulas anunciadas en el párrafo 1. Son estas:

Yo, el infrascrito, mayor de edad, he prometido en el mes de octubre de 1843 observar en su forma y modo, durante tres años, los estatutos de la Compañía de María, aprobados por ordenanza real del 16 de noviembre de 1835, y seguir exactamente los reglamentos y usos de dicha Compañía. En fe de lo cual, he firmado. En Saint-Remy, el 29 de abril de 1846.

Nosotros, los infrascritos, después de haber examinado maduramente el interés general que la juventud debe retirar de la institución de la Compañía de María y el interés particular y personal de tal dedicación; después de haber leído y examinado los estatutos de dicha Compañía, aprobados por ordenanza real con fecha del 16 de noviembre de 1825, y haber tenido conocimiento de la ley del código civil citada en dichos estatutos, tomamos el compromiso de unión y adhesión a dicha Compañía según las reglas y el espíritu de la sociedad universal indicados en el código civil, título 9, capítulo 2, sección 1. Prometemos que si nos retiramos por nuestra propia voluntad, o si la Compañía no quisiera conservarnos, no reclamaremos nunca nada por el servicio prestado o por el uso del mobiliario que hayamos aportado o por el disfrute de nuestros inmuebles presentes o futuros; queremos que todo quede adquirido para la obra o empresa, así como toda nuestra dedicación y nuestra confianza en la Compañía misma. Prometemos además cumplir todos los reglamentos y exigir su observancia si somos elevados a un puesto superior.

En fe de lo cual hemos firmado en Saint-Remy el 25 de octubre de 1851.

712. Agen, 13 de noviembre de 1833
Al señor Perrigüey, Saint-Remy

(Orig. – AGMAR)

Siento mucho, mi querido hijo, que me haya visto obligado a responder tan tarde a su carta del pasado 9 de septiembre. Me extraña que no le queden por cobrar más que 100 francos de su legítima. Pero puesto que todo está estipulado así, he escrito al sr. Clouzet que le permita ir a su casa para cobrar esa pequeña cantidad y acabar todo. Le digo también que le deje emplear este dinero en comprar ornamentos para la capilla: usted verá con él qué ornamentos son los más necesarios.

Invito también al sr. Clouzet o a descargarle de la ropería en cuanto pueda o acercarla a la puerta si es posible: porque entonces este empleo podría compaginarse muy bien con el de la puerta.

Sea cada vez más observante: encontrará una gran paz de alma con la observancia exacta de su Regla.

Puede unir a la práctica de las tres *Ave María* la de pronunciar nueve veces el santo Nombre de María, *María*, en honor de los nueve meses que la Santísima Virgen tuvo la dicha de llevar en sus entrañas a su divino Hijo.

Reciba, mi querido hijo, mi bendición paternal con mi cariñoso abrazo.



La carta siguiente, entre otras cuestiones, trata de los grandes proyectos que comenzaban a elaborarse en esta época en torno a Sion-Vaudémont, en Lorena, en los cuales estuvo implicada la Compañía de María.

El santuario de Nuestra Señora de Sion-Vaudémont, situado a unas leguas al sur de Nancy, que se hizo célebre por la novela de Barrès, *La colline inspirée*, era desde hacía siglos el lugar de peregrinación más venerado de Lorena.

Por Saint-Remy y por el P. Lalanne la Compañía de María se puso en relación con los hermanos Baillard, sacerdotes de la diócesis de Nancy, de los cuales el mayor, Leopoldo, era desde hacía unos meses párroco de Favières, al pie de la colina de Sion. En una carta del 26 de octubre anterior, el P. Chaminade informaba al P. Clouzet de las primeras proposiciones de este sacerdote, cuyo carácter emprendedor y temerario entreveía ya. «Es el P. Lalanne quien mantiene la correspondencia, decía él, y yo le escribí dos veces bastante fuertemente porque veía que se tomaba un camino contrario al que se le ha indicado y que usted mismo ha visto así».

No tenemos más detalles de estas primeras conversaciones, pero podemos citar, en apoyo de la opinión del P. Chaminade, unas curiosas *Advertencias a los fieles cristianos, y especialmente a los estudiantes eclesiásticos* —obra sin duda del párroco de Favières—, aprobado por el obispado de Nancy con fecha del 23 de octubre y recomendado por los vicarios generales de Nancy, Verdún, Saint-Dié y Metz.

Después de largas consideraciones sobre las ventajas y las diversas formas de la vida religiosa, el autor de este Prospecto escribe:

«En el estado actual de la sociedad, en un tiempo en que todo parece por falta de instrucción y de fe, la obra más útil a la Iglesia, el medio más eficaz de salvar las almas, ¿no es iluminarlas y hacerlas obrar por el Espíritu de Dios antes de sean cegadas y paralizadas por el espíritu del mundo? Hay que hacer que los niños vengan a Jesús. Esta obra de educación ha sido emprendida con un nuevo plan por una Compañía dedicada a Dios bajo los auspicios y el nombre de María. Tiene principalmente como objetivo llenar el vacío que se encuentra entre la enseñanza ordinaria de las pequeñas escuelas y la enseñanza ordinaria de los colegios...

«Los aspirantes serán provisionalmente enviados a un establecimiento donde se les formará tanto en la vida religiosa como en la rama de educación de la que se trata. Si su número es considerable, se creará lo antes posible una casa de preparación, con la ayuda de la Providencia, en algún lugar central de Lorena y bajo la dirección de la Compañía de la que se habla más arriba. Se han entablado negociaciones para la compra de un local cuyos recuerdos interesarían a todo el país: se seguirá en cuanto se manifiesten vocaciones y en cuanto la caridad, despertada por un celo cristiano, parezca asegurar algunos recursos financieros».

Aunque el P. Chaminade tomó desde el principio con vivo interés este proyecto, como se ve por su correspondencia, solo después de varios años las relaciones entre él y los hermanos Baillard llegaron a ser más seguidas, aunque sin llegar al resultado esperado. (Véanse las cartas 901 y 957)¹.

713. Agen, 16 de noviembre de 1833 **Al señor Clouzet, Saint-Remy**

(Orig. – AGMAR)

Respondo enseguida, mi querido hijo, a su carta del 6 de noviembre. Esperaré cada día el resultado de su entrevista con el P. Chevaux y el P. Fontaine sobre la administración temporal del internado secundario. Le escribí últimamente lo que habría que hacer si la entrada de los alumnos iba mal en el palacio; usted no me habla de ello: alguno de los otros se ha encargado de escribirme.

Usted piensa, mi querido hijo, que podrá procurarme, a lo largo de este año, de 6 a 7 mil francos: espero que pueda conseguir más. Si Dios es servido y bien servido, la bendición del Señor estará sobre Saint-Remy.

Si el sr. Dürr puede dar bien la clase de alemán en el palacio, ¿por qué no la va a dar? No me parecería muy conveniente forzar la repugnancia del sr. Fridblatt.

¹ En *Cartas IV*.

Imagino que, al quedar el sr. Hunolt en Saint-Remy, habrá enviado al sr. Bouveret a Courtefontaine donde es indispensable. El sr. Troffer parece contento del sr. Claverie.

Boillon no está siempre enfermo en su cuarto, puesto que trabaja en Besanzón en algún taller. Ha encontrado razones para salir porque no ha podido ponerse de acuerdo con usted.

La respuesta que el P. Bardenet le ha dado, cuando usted le ha hablado de Sión, hace suponer que usted no le ha presentado bien el asunto. El P. Bardenet le había encargado a usted comprar una antigua comunidad en el Departamento de los Vosgos²; se le hace ver que se podría fundar un establecimiento en Sión, en Lorena, mejor que en los Vosgos; y hay en efecto importantes razones para preferir Sión al primero que usted ha ido a ver. El P. Bardenet ¿tendría razones para preferir los Vosgos? En su respuesta, trae a colación Marast muy inadecuadamente: el establecimiento de Sión será de una naturaleza muy diferente de la de Marast.

Sión debe estar habitada por novicios eclesiásticos y laicos, con la autorización de cuatro obispos que invitan incluso a jóvenes que tendrían vocación religiosa a decidirse por la Compañía de María, como la Compañía de María se compromete también a trabajar en estas cuatro diócesis. Pero aquella no puede por falta de sujetos. Nosotros hemos ofrecido la casa de los Vosgos: se ha hecho ver, con razón, que la de Sión sería más céntrica, de un acceso más fácil, pero sobre todo venerada en toda Lorena. La Compañía la haría, por decirlo así, volver a subir a su trono. Marast incluso podría encontrarse bien situada; quizá se podría, dentro de poco, destacar de Sión algunos sujetos para montar un nuevo establecimiento. Usted sabe, mi querido hijo, cuál es mi proyecto: se lo comuniqué muy especialmente en una de mis últimas visitas a Saint-Remy. Hará falta, sin duda, dinero: pero si la Providencia lo quiere, podemos tener confianza en que procurará el que sea necesario.

Me ha extrañado mucho que el P. Bardenet le haya hablado de 10.000 francos que la Compañía debía pagar después de su muerte. Como yo le hablé a él al principio de esta Revolución, así como del convento de Agen, él escribió a la Superiora general que tenía ya todo arreglado y que debíamos estar todos tranquilos. O usted se ha explicado mal con el P. Bardenet o él mismo en ese momento estaba absorbido por otros asuntos. Preséntele las cosas tal como son.

No somos nosotros quienes primero le hemos comprometido a comprar una antigua comunidad en los Vosgos; si, después de haberle explicado las cosas con franqueza y sencillez, responde negativamente, no diga nada más, no insista: sería posible que Dios quisiera dos establecimientos, uno en los Vosgos y otro en la Meurthe. Además, no queremos prestarnos a la Lorena y departamentos de alrededor más que porque hemos creído que esa era la voluntad de Dios. Cuatro obispos y sus vicarios han creído en la inspiración divina, y no hablo de un gran número de párrocos meritorios. Dios hará lo que él quiera: nosotros no somos más que pobres instrumentos en sus manos.

Si usted debe ocuparse de la compra de Sión, le informaré detalladamente de la manera como esta obra se ha desarrollado: su historia es muy edificante.

Si no tiene ocasión, mi querido hijo, de ver al P. Bardenet, podría usted transcribirle este punto de mi respuesta a lo que usted me dice en su carta.

Le envío una breve respuesta para el sr. Mérigot. La carta de este me ha hecho comprender que el sr. Gaussens, Jefe de instrucción, entiende muy poco lo que exige este Oficio. En su carta, el sr. Mérigot me confiesa faltas de una ignorancia crasa. No sería así si cada uno de los religiosos fuese instruido al menos de todo lo que es esencial en la religión y particularmente en la moral – Sin duda, el sr. Gaussens piensa que su Oficio solo se refiere a la instrucción humana, o a los conocimientos humanos y naturales. – [Es verdad que] esta última

² Véase la carta 688.

parte no debe ser descuidada; pero la instrucción religiosa es mucho más directamente el objeto de este Oficio: ¡téngalo muy en cuenta, mi querido hijo!

El sr. Mémain le responde a propósito de la sucesión de Víctor Morel³.

¡Que el Señor, mi querido hijo, le conceda su luz y su paz, con mucho ánimo! Le abrazo con todo afecto.

El señor Mérigot. – El 19 de septiembre de 1826, el sr. David Monier, Secretario del consejo, escribía de Burdeos al Buen Padre Chaminade, entonces en Alsacia: «Un tal sr. Mérigot, del Alto País, le lleva a su hijo, para que usted disponga según los planes de Dios». – El joven Pedro Mérigot, nacido en 1812 en un modesto pueblo de la región de Agen, hizo su primera comunión y su noviciado en San Lorenzo, bajo la dirección del venerado Fundador, a quien él consideró siempre como un santo; enseguida fue empleado, primero en los trabajos manuales y después en la enseñanza en varias comunidades del este de Francia, en particular en Colmar, donde dio clase a los pequeños durante doce años, y luego en Fumay, donde fundó la escuela y acabó su vida.

En Colmar, el sr. Mérigot se hizo querer por todos. Las madres de familia consideraban como un favor poder asistir a veces a las encantadoras instrucciones a los muy pequeños. En comunidad, era el más pobre de todos, llevando, dentro de casa, una levita gastada hasta el límite. Por su carácter jovial, mientras los Hermanos estaban ocupados, durante el recreo, en tajar las plumas de ganso que usaban los alumnos, mantenía a su alrededor una buena y franca alegría, contribuyendo así al espíritu de familia.

En Fumay ganó pronto el corazón de toda la población y llegó a ser el consejero y amigo de todos: nada importante se hacía en Fumay sin que viniesen a consultarle, y a menudo, en un asunto delicado, estas simples palabras: «El Padre Mérigot lo ha dicho», terminaban el debate. Era querido por todos, pobres y ricos, pequeños y grandes. Bastaba hablar con él una vez para ser ganado a su causa: tal fue el caso de un hombre de alta posición, que detestaba a los Hermanos hasta el punto de darles la espalda cada vez que se encontraba con ellos. El sr. Mérigot tuvo un día ocasión de hablar con él: fue suficiente para que desde ese momento se convirtiese en el mejor amigo de la escuela. El sr. Mérigot no era menos querido por sus hermanos. Cumpliendo fielmente la Regla, tal como había sido formado en la escuela del Fundador, se ingeniaba para serles agradable, iba por delante de sus necesidades sin que tuvieran que esforzarse en exponerlas, sabía hacerles comprender y reconocer sus errores evitando todo reproche humillante, les testimoniaba una confianza que estos le devolvían con creces, los apoyaba y los defendía «como una gallina defiende a sus polluelos», escribe ingenuamente uno de los Hermanos que vivieron bajo su dirección. Su humildad era profunda y, en medio de sus Hermanos, no quería más distinción que la de ser tratado peor que ellos. Cuando sufría, lo cual era frecuente, trataba de disimularlo y, si los hermanos lo notaban, era por el esfuerzo que hacía para parecer más alegre y expansivo. Su solicitud y su caridad hacia sus Hermanos resplandecían sobre todo, siguiendo las recomendaciones de la Regla, cuando estaban enfermos. Habiendo caído gravemente uno de ellos, el sr. Bleicher, durante varias semanas, juntó a los alumnos de este con los suyos y, cuando acababa la clase, permanecía a su cabecera, velándole como lo hubiese hecho una Hermana de la caridad y no queriendo dejar este cuidado a ningún otro. Y si se intentaba apartarle alegando la fatiga, respondía: «¿Es que una madre se fatiga cuidando a su hijo?». El Hermano curó y el Director lo hizo festejar; pero poco después, agotado, él mismo cayó enfermo y tuvo que encamarse: ocho días después, el 13 de enero de 1866, entregaba su alma a Dios. Fue un duelo público en la ciudad de Fumay; más que eso, hubo conversiones ante su lecho fúnebre y la población entera quiso levantar un monumento sobre la tumba del llorado Director. El P. Loetsch, Provincial de Alsacia, en una circular a la Provincia

³ Fallecido el 6 de noviembre de 1832.

comunicó la muerte en estos términos: «El Buen Dios acaba de llamar a uno de nuestros mejores religiosos: el señor Mérigot, Director de nuestra escuela de Fumay, ha sucumbido a una enfermedad que había contraído por un exceso de trabajo y por todo el esfuerzo realizado para cuidar a uno de sus Hermanos enfermo: hermoso ejemplo de entrega, que el Buen Dios sabrá recompensar dignamente. Como él, nosotros hemos tenido la dicha de consagrarnos al servicio de María: renovemos a menudo la resolución de perseverar hasta la muerte, a pesar de todas las pruebas y dificultades que tengamos que atravesar».



Con el P. Lalanne, instalado ya en Burdeos, el P. Chaminade habla de la situación.

714. Agen, 18 de noviembre de 1833

Al P. Lalanne, Burdeos

(Orig. – AGMAR)

El sr. Mémain le remitirá, mi querido hijo, el duplicado del acta firmada con el sr. Auguste: esta acta me parece llena de acierto por parte de usted⁴.

El sr. Mémain liquidará las cuentas hasta el 31 de octubre pasado. Yo hubiera deseado que, [de acuerdo] con usted, liquidase sus cuentas con los principales proveedores y los sometiese a condiciones razonables o cambiase de proveedores: es mejor mostrar el propósito de [acudir a] otra parte y detener este desorden⁵. Creo que tendrá medios para conseguirlo; si no puede hacerlo con todos, lo podrá hacer con los más apremiantes.

En cuanto a la fórmula de compromisos, puedo rectificarla para los miembros primitivos [de la Compañía]. Lo que pretendo con la consulta [que le dirijo a este respecto]⁶, es saber si la idea general es acertada, y si el modo de realizarla no tiene nada que vaya contra las leyes. En los grandes males, se necesitan remedios a menudo audaces. Mantengo siempre la misma confianza: triunfaremos, con la protección de nuestra augusta Madre y Patrona, sobre las numerosas dificultades que nos rodean.

El P. Fontaine no tiene la libertad de mantenerse en el espíritu de los Reglamentos. [Es preciso] que, de acuerdo con el sr. Clouzet, adopte un Reglamento que puedan seguir con facilidad para realizar enteramente la voluntad expresa que les hemos manifestado. Es lo que ellos han entendido, y el sr. Clouzet acaba de escribirme que me enviará inmediatamente los artículos para someterlos a mi aprobación. Cuando los haya recibido, se los transmitiré a usted. Usted sabe que es una imprudencia apretar demasiado el nudo.

Una aparición suya próxima en Saint-Remy ¿sería beneficiosa para el internado secundario? No lo veo muy claro. Su visita [incluso] podría producir un efecto totalmente diferente. Otra cosa sería si no fuese para volverse de inmediato. Por otra parte, esa aparición ¿no despertaría a la Academia? Ya se ha murmurado mucho; ¿por qué no dejar los espíritus en suspenso? Mi respuesta al P. Fontaine era en este sentido. – Usted dice que ha hecho una promesa de reaparecer en Saint-Remy del 8 al 24 de diciembre próximo; el P. Fontaine la ha repetido ante miles de personas. – Pero ¿por quién ha sido aceptada? No es una aparición que influiría en la opinión pública: es muy de suponer que produciría un efecto totalmente contrario, y me parecería mucho más prudente mantener con habilidad los espíritus en suspenso. Pero no decido nada; no hago más que razonar sobre lo que sé y lo que veo.

⁴ Véase la carta 709 y la nota siguiente.

⁵ Los proveedores, que servían al internado a crédito, aprovechaban, como sucede en casos parecidos, para imponer condiciones abusivas.

⁶ Véanse las cartas 711 y 715.

No he recibido todavía ninguna noticia de reanudación del curso del internado secundario. El sr. Clouzet me dice solamente que han entrado 41 alumnos en el internado primario y que espera 7 u 8 más. Le escribí, como ya le indiqué a usted, la necesidad de meter en el internado secundario algunos de sus alumnos, si había una gran defección en el internado secundario: él no había recibido aún esta carta cuando me escribió su última. El sr. Clouzet añade que está casi seguro de poder hacerme llegar en el año escolar 6 o 7.000 francos. No he respondido a este punto [sino] que podrá hacerme llegar sumas mucho más fuertes si realmente Dios es servido en Saint-Remy, porque entonces las bendiciones del Señor se derramarán sobre el establecimiento.

No sé todavía qué decir sobre el retiro que los cofrades de la Inmaculada Concepción le proponen darles⁷: pidamos al Señor un rayo de su sabiduría, que nos haga ver la decisión a adoptar.

Su vuelta no es tan negativa como le pueda parecer: sin duda que habrá progresos; podrán ser lentos, pero no se preocupe. No debemos sacar otra consecuencia por el momento que un gran rigor en los gastos. Entendámonos bien y espero que todo irá bien: tratemos de elevarnos a la fe de Abraham y de creer, incluso contra toda esperanza. No trabajamos más que para Dios: ¡que se cumpla su santa voluntad! No esté nunca, mi querido hijo, únicamente en presencia de usted mismo, sino siempre y al mismo tiempo en la presencia de Dios, [*no separes una cosa de otra*]⁸. Cuando veamos así lo que es y lo que hubiera podido ser, nuestras reflexiones y nuestras cavilaciones pueden ser amargas, pero llevando los consuelos de la esperanza.

Estaba dictando esta carta cuando he recibido la visita inesperada del sr. de Rainneville⁹. Ha salido para Burdeos. A petición suya, le he dado la dirección de usted; hágale ver lo que usted crea que pueda interesarle. Dormirá en Burdeos: es todo el tiempo que estará en esa ciudad. Va a París con su familia: espera pasar allí el invierno con bastante tranquilidad. No he tomado su dirección de París; es posible que nos pueda ser útil tenerla: tómela y envíemela.

¡Que la paz del Señor, mi querido hijo, esté con usted!



S. 714 bis. Agen, 22 de noviembre de 1833
Al P. Chevaux, Saint-Remy

(Aut. – AGMAR)

Pensando, mi querido hijo, en el dolor que usted habrá tenido que experimentar con la defección del sr. Deshayes, le he insinuado que le haga saber a usted su conversión, lo que ha hecho seguidamente y de corazón.

El sr. Clouzet me ha dado noticias del comienzo de curso de los alumnos del internado primario, hace ya muchos días, pero no he recibido ninguna del comienzo de curso de los alumnos del internado secundario y necesitaría saber para decidir si una aparición del P. Lalanne del 8 al 24 de diciembre próximo sería útil y muy conveniente. ¿Ha vuelto la mayoría de los alumnos?, ¿han vuelto los alumnos por las promesas que él y el P. Fontaine sobre todo habían hecho de su llegada en dicha época? Haría falta, mi querido hijo, que usted y el P.

⁷ La Congregación, suprimida en la Revolución de 1830, acababa de constituirse de nuevo en la Magdalena con el nombre de *Cofradía* de la Inmaculada Concepción.

⁸ [*Nec alterum ab altero dividas*].

⁹ Con el cual el P. Chaminade había negociado, antes de la Revolución de julio, una fundación agrícola en Amiens. Véase la carta 481 en *Cartas II*.

Fontaine me informasen pronto; usted o él podrían enviarme los nombres de los internos que no hayan vuelto más que con esta esperanza.

El P. Lalanne escribió al sr. Rector de la Academia de Besanzón que si al comienzo del año, en el primer mes, no volvía a ejercer en Saint-Remy, cedería su título. ¿Ha obtenido el P. Fontaine su diploma de bachiller en letras? El sr. Bonnet ¿está dispuesto a sufrir el examen de bachiller en ciencias? No necesito advertir que los dos deben prepararse continuamente, pero sin preocuparse demasiado, ni sobrecargarse en perjuicio de su salud. Infórmeme de todo para que yo pueda ver mejor lo que hay que hacer. Espero también la próxima determinación de los puntos que deben acordar usted, el P. Fontaine y el sr. Clouzet para una buena administración de régimen y de economía por parte del sr. Clouzet.

Que el Señor se digne derramar, mi querido hijo, abundantes bendiciones sobre usted, sus trabajos y toda la casa de Saint-Remy.

Le abrazo con todo cariño.



715. Agen, 2 y 3 de diciembre de 1833

Al señor Clouzet, Saint-Remy

(Orig. – AGMAR)

He recibido sucesivamente, mi querido hijo, sus dos cartas del 22 y 25 de noviembre. Cuando le llegue esta, se habrá enterado de que el P. Lalanne va a hacer su visita a Saint-Remy: no estará más de cuatro o cinco días. Quizá incluso haya llegado para entonces: debe salir mañana, 3 de diciembre, a las diez de la noche. Está animado de las mejores disposiciones. Su ausencia en total no debe ser más que de quince días. Pero yo desearía que diese rápidamente una vuelta por Lorena para activar la obra tan interesante de la que se trata¹⁰: podrá hablar con usted y saber lo que piensa el P. Bardenet. Voy a escribirle unas palabras sobre este tema, del que ya le previne: dejaré a su juicio la determinación de este viaje, concediéndole una semana más de ausencia si lo juzga útil. No necesito advertirle de que cierre los ojos y los oídos sobre algunos incidentes o palabras que podrían disgustarle: conservemos en todo momento la caridad y la unión. Ve usted que poco a poco, sin ningún antagonismo, todas las cosas van entrando en el orden.

Por mi Ordenanza del 12 de noviembre pasado, he nombrado primer Asistente, Jefe general de celo, al P. Caillet, en sustitución del P. Collineau, y al sr. Mémain mi tercer Asistente, Jefe general de trabajo. Lo comunico, así como otras particularidades, en mi circular con fecha de hoy. El P. Lalanne se la comunicará, o más bien le hará llegar una copia: está en el paquete aquí incluido a la dirección de él, así como otros documentos de los que le voy a hablar:

Una segunda Ordenanza, igualmente del 12 de noviembre, que prescribe especialmente un nuevo registro, según el artículo 9 de nuestros Estatutos, y en el que deben figurar todas las inscripciones de los postulantes al principio de sus pruebas, todos los compromisos temporales y definitivos hasta el día de hoy; una fórmula de compromisos definitivos; una segunda fórmula de compromisos trienales: una nota de informaciones para la inscripción de los novicios.

Yo he sido el primero en firmar la fórmula de los compromisos definitivos; todos en Agen han firmado con agrado una y otra fórmula. Pienso que, en las dos comunidades de Saint-Remy, nadie pondrá dificultad para firmar; del rechazo se derivarían graves inconvenientes: no podríamos incluso considerarlo como perteneciente a la Compañía.

¹⁰ La obra de Sion-Vaudémont.

Me sorprende mucho, mi querido hijo, que haya usted retenido al sr. Bouveret en Saint-Remy, puesto que él no estaba más que reemplazando al sr. Hunolt, destinado primero a Courtefontaine, pero que las buenas razones que él me ha expuesto me han hecho aceptar dejarle todavía en Saint-Remy. Courtefontaine tiene un buen número de profesores, quizá demasiados, pero ninguno puede reemplazar al sr. Bouveret en la parte fundamental que se le asigna; yo no habría imaginado nunca que no volviese a Courtefontaine. Si está usted demasiado apurado, fácilmente puede reducir los tres grupos de francés a dos. Los alumnos pueden aprovechar lo mismo y la carga del profesor aumentará muy poco.

Es evidente que sería necesario otro sacerdote [en Saint-Remy] desde el comienzo de octubre. Debían ir dos, al menos había esperanza fundada: un párroco de la parte de Vesoul; otro de Burdeos, antiguo Misionero de Francia: quizá ha encontrado más obstáculos de los que pensaba para ser reemplazado en una extensa parroquia que él servía; le escribiré inmediatamente para saber exactamente las razones de este retraso.

Escribí al P. Chevaux que, durante algún tiempo, no habría en Saint-Remy Noviciado propiamente eclesiástico; que los eclesiásticos que se presentasen para entrar en la Compañía serían retenidos primero como postulantes, y que si se reconocía en ellos todo lo que es necesario para ser admitido en el Noviciado, se les dirigiría a Burdeos. El P. Chevaux está ya demasiado cargado, en el Noviciado laico de su comunidad, e incluso tendrá usted necesidad de buscarle ayuda.

No debe pensar en el sr. Auguste: debe seguir todo el año en el internado Sainte-Marie, porque tiene el amor y la confianza de un cierto número de alumnos y de sus padres, y también porque no podemos pagar más que poco a poco las deudas que ha contraído para la susodicha Compañía.

En cuanto a un Superior que tenga una autoridad formal sobre las dos comunidades. 1º no tenemos la persona adecuada; 2º no creo que haya llegado todavía el momento. El deterioro ha sido demasiado grande como para detenerlo con seguridad.

El sr. Perrin ha llegado esta noche. El que usted llama Jerónimo, cocinero y músico de toda clase de serpientes¹¹, se ha presentado en Agen: le he retenido para probarlo y sondearlo; en los 10 o 12 días que está aquí, se comporta bastante bien...

El sr. Chopart me habló efectivamente de las necesidades de su padre, y recuerda usted cómo en otro tiempo tenía que pasarle alguna ayuda: pero el hombre, honesto él, al ser asistido por uno de sus parientes, tuvo la delicadeza de no aceptar 30 francos que usted le ofrecía. Este pariente ha muerto, y su hijo me ha dicho que está arruinado. Usted podría primero hacerle llegar los 30 francos ofrecidos, con promesa de pasarle algo más dentro de algún tiempo: en el intervalo, podría sondear sus necesidades más reales. Me ha parecido que es un hombre muy honesto.

Respondo por este correo, mi querido hijo, al sr. Tavernier, de Arinthod, sobre la imposibilidad en que nos encontramos, por falta de sujetos, de aceptar el establecimiento que propone¹².

Si la Academia de Besanzón parece demasiado amenazadora, el P. Lalanne está dispuesto a ceder su diploma a uno de los dos titulados, dejando las cosas tal como están dispuestas actualmente.

Siento mucho, mi querido hijo, que hasta el momento no haya puntos determinados de sus relaciones de economía con el palacio. Cuando yo le decía, como al P. Fontaine, que creía haberme explicado lo suficiente para que pudiese comprender cuál era mi voluntad, no se trataba entonces más que de una unidad de administración temporal de las dos comunidades, es decir, que no hubiese más que un ecónomo; pero como esta unidad

¹¹ La serpiente, antiguo instrumento de música empleado para acompañar al canto de iglesia.

¹² Arinthod, pequeña población del Jura. La Compañía aceptó más tarde, y en dos ocasiones, la dirección de la escuela municipal, de 1840 a 1842, después de 1857 a 1873.

presentaba muchas dificultades, consentí en que se tomasen medidas para que no hubiese cambio en la administración del internado secundario; era posible arreglar todo a satisfacción de todo el mundo y es este arreglo el que debía ser escrito y serme enviado para su aprobación y para que sirviese de garantía en el futuro para la total tranquilidad. Si este arreglo hubiese existido, el P. Fontaine no habría hecho arbitrariamente el empleo de fondos que usted me señala; es fundamentalmente contrario tanto al espíritu de nuestras Constituciones como al uso universal de todas las comunidades y, sobre todo y más todavía, al espíritu religioso. Al P. Fontaine se le puede excusar lo que haya podido escribir el P. Lalanne y, por el bien de la paz, hay que cerrar los ojos, pero tomar las medidas para detener los abusos. Pienso que todo esto le acarreará disgustos; pero después de haber pasado tanto para llegar a feliz término, ¿cómo no va a ser capaz de soportar disgustos menores?

En cuanto a lo que usted observa que no podrá ejercer ninguna acción contra los deudores que estuviesen en falta, creo que solo tiene una razón aparente; usted puede ejercer una acción real en nombre del P. Fontaine. ¿Y qué importa que sea en nombre de usted o en nombre del jefe del internado? Se ha creído aquí que el ecónomo real no debía aparecer exteriormente. Se tenga razón o no, ¡qué importa con tal de que todo vaya bien! Pero, añada usted, el P. Fontaine no será exacto al hacer las notas, temo extremadamente los errores. Cuando el P. Fontaine sienta la importancia de esta exactitud, será fiel a ella o pedirá alguna modificación, etc., etc. En cuanto a usted, este modo de hacer le alivia mucho y permite que sea menos distraído tanto por los alumnos como por sus padres. Usted dice que los ingresos al comienzo de curso han bajado casi un tercio del año pasado y no dice su verdadera causa, por lo que no puedo decir nada sobre este punto.

No me extraña que el P. Chevaux esté muy cansado: tiene realmente demasiado trabajo; hay que tratar de aliviarle en las confesiones, hasta que se puedan enviar a Saint-Remy algunos sacerdotes de la Compañía. ¿No sería posible tener algún buen sacerdote, algún buen párroco de los alrededores, que viniese a confesar a los internos? Si uno solo no puede encargarse de los dos internados, y se pudiesen encontrar dos, cada uno tendría su internado para confesar: por ejemplo, el párroco del pueblo mismo de Saint-Remy y el párroco de Menoux¹³. Pero habría que tener atenciones con ellos: esta palabra debe bastar para comprender todo lo que habría que hacer para con ellos. Vea con el P. Chevaux, vea con el P. Lalanne, vea incluso con el P. Fontaine. Yo le diré una palabra al P. Lalanne; hablaré de ello a estos sacerdotes cuando les escriba. Parece casi seguro que usted perderá al P. Chevaux si no se le descarga; y además ¿cómo podría hacer un buen trabajo que le absorbiese todo su tiempo y todas sus fuerzas? Las confesiones de los alumnos serán más libres, y, por consiguiente, mejores.

Me dice usted, mi querido hijo, que el P. Curot ha pedido 240 francos por año: hay que prometérselos e incluso asegurárselos, con tal de que no vuelva más a Saint-Remy. Pero ¿qué garantía podrá darle él? Tome toda clase de precauciones. El P. Curot fue admitido en Saint-Remy sin el examen previo a todas las admisiones. Los puntos sobre los cuales se debe examinar a los sujetos están enunciados a lo largo de las Constituciones. Curot padre, mucho antes de esta época, estuvo loco y atado... Hubiese sido bastante fácil ver que el hijo estaba tocado de la cabeza; me ha dado mucho trabajo durante los seis meses que lo he tenido conmigo en Agen; pero en fin, en fin...

Ruegue por la obra interesante de Sión.

Le abrazo con todo cariño.

Dos de los textos citados se han reproducido al final de la carta 711. Un tercer texto de los aludidos en la carta 715 es el siguiente:

¹³ Menoux, pueblo vecino de Saint-Remy.

Los postulantes admitidos a las pruebas serán inscritos con apellido, nombre, fecha de nacimiento, origen de padre y madre, situación de estos vivos o muertos, número de hermanos y hermanas, personas que les atienden, lugar de nacimiento, con denominación de municipio, cantón, distrito, departamento, condiciones de su ingreso, su pensión, su ajuar, su mantenimiento, fecha de su entrada, partida de bautismo y certificado de nacimiento.

Si se considerase que debía ser admitido a las pruebas gratuitamente a un postulante que no fuese mayor de edad, sería necesario que los padres prometiesen por escrito no apartarle nunca de su estado, ni directa ni indirectamente, y que le permitiesen tomar con la Compañía los compromisos que quisiera y tomar especialmente el compromiso de servir durante diez años en la enseñanza primaria.

Y he aquí la circular adjunta a estos documentos. Notifica el nombramiento de los nuevos Asistentes; anuncia la creación de casas centrales secundarias, prelude de las provincias en la Compañía; da directrices para buscar y admitir postulantes.

716. Agen, 4 de diciembre de 1833
Circular a toda la Compañía

(Orig. – AGMAR)

CIRCULAR DEL SUPERIOR GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE MARÍA DIRIGIDA A TODOS LOS SUPERIORES DE CASAS Y ESTABLECIMIENTOS, Y POR ELLOS A TODOS SUS QUERIDOS HIJOS QUE DEPENDEN DE ELLOS.

¡Hace mucho tiempo, mis queridos hijos, que vuestro anciano padre hubiera querido romper el silencio! ¡Cuántas penas ha tenido que sufrir! La salida de dos de los principales Jefes de Compañía ha afligido vivamente su corazón paternal, no por el temor a que la Compañía estuviese en peligro por su desertión, sino por el mucho afecto que tenía por ellos. ¡Eran tan antiguos! El P. Colineau y el sr. Auguste eran miembros primitivos de la Compañía; habían renovado muchos años sus santos compromisos; ¡cada vez los habían confirmado con los juramentos más sagrados! Durante todo el tiempo que ha durado la tormenta, he creído deber extender el velo de la caridad y la amistad sobre todo lo que estaba pasando y soportar solo el peso de mi aflicción; pero finalmente si hay un tiempo para callar, hay un tiempo para hablar. Mi entrega inquebrantable a la Compañía de María y mi gran cariño a esta familia tan preciosa, destinada a hacer tanto bien, no me han permitido dejar mucho tiempo a la Compañía privada de dos de sus Jefes principales. Por mi Ordenanza del 12 de noviembre pasado, he nombrado primer Asistente, Jefe general de celo, a mi respetable hijo el P. Caillet, y al sr. Mémain, uno de nuestros más antiguos miembros, tercer Asistente, Jefe general de trabajo; y, como el Secretario general de la Compañía, el sr. David Monier, se ve frecuentemente afectado por diversas enfermedades, he nombrado provisionalmente un Secretario particular, para tener en regla todas las escrituras de la Compañía y acompañarme a todas partes donde yo necesite estar: es el sr. Bonnefoi, del que todos conocéis su celo, exactitud y entrega. Así, mis queridos hijos, la organización de la Administración general no se ve interrumpida; será sin duda más activa por la elección de los nuevos Jefes que la componen.

Os extrañará que no os hable de nuestro excelente Jefe de instrucción, segundo Asistente, el P. Lalanne: es que él continúa en sus funciones. Los obstáculos no hacen más que redoblar su coraje. ¡Podéis ver cómo, por su celo infatigable, la instrucción de toda clase se ha elevado a altos grados de perfección!

La noticia que os doy, mis queridos hijos, de mis tres Asistentes, o Jefes generales de celo, instrucción y trabajo, debe devolveros la tranquilidad sobre todo el esfuerzo que ellos pondrán en cumplir sus funciones: cada uno de ellos va a estar provisto de las instrucciones necesarias para que todos los miembros de la Compañía puedan hacer rápidos progresos en el espíritu del santo estado que han abrazado o que abrazan. Estas instrucciones estarán todas

sacadas de nuestras Constituciones. ¿De qué serviría tener las más excelentes Constituciones, si no se llevasen a la práctica? ¡Queridos hijos míos, deseo que, por vuestra regularidad y por el buen espíritu que os anime, lleguéis a ser todos como Constituciones vivientes!

Temeréis quizá, mis querido hijos, que vuestros Jefes generales estén demasiado sobrecargados y no puedan cumplir con facilidad sus importantes funciones: [es verdad que] todos están ya muy ocupados en los deberes que tienen que cumplir, el P. Caillet en la Magdalena, el P. Lalanne en el internado Sainte-Marie, y el sr. Mémain en Agen. Tengo en proyecto importantes medios de alivio, sin perjuicio de sus funciones generales, [y] estoy a punto de autorizar otras dos Casas de probación. Los establecimientos creados o a crear en un extenso distrito estarán afiliados a estas Casas. Daré a los Superiores de estas casas, así como a sus Jefes principales, una amplia autoridad. Las Casas que me propongo erigir como Casas centrales secundarias son: Saint-Remy, en el Departamento del Alto Saona, y Saint-Hippolyte, en el Departamento del Alto Rin. En cuanto a Saint-Hippolyte será solo provisionalmente, [porque] Ebermunster, en el Departamento del Bajo Rin, si llegamos a montarla de manera conveniente, será mucho más apropiada que Saint-Hippolyte para ser la Casa central de la antigua Provincia de Alsacia, donde no se habla en casi todas partes más que la lengua alemana.

Si Dios sigue bendiciendo a la Compañía de María, nos veremos obligados a crear más Casas centrales. De todas partes nos llegan propuestas de establecimientos de enseñanza primaria. La misma enseñanza se nos propone en diócesis enteras. Si tuviéramos sujetos, la Compañía podría extenderse con una gran rapidez: con disgusto me veo continuamente obligado a aplazar indefinidamente la creación de estos establecimientos, que, en su mayor parte, se encuentran en lugares donde la población está en las mejores disposiciones. La mies es muy abundante, pero los obreros para la cosecha son muy poco numerosos: ¡rogad, mis queridos hijos, al dueño de la mies que envíe él mismo obreros a sus campos!

No nos conviene admitir a ningún sujeto que no nos sea enviado por el Señor de esta mies: por eso enviaré inmediatamente instrucciones a todos los Jefes de nuestros establecimientos para distinguir bien los signos de una vocación divina. Pero vosotros, mis queridos hijos, redoblad el celo para el mantenimiento y acrecentamiento de la obra que el Señor nos ha inspirado y a la que estamos completamente entregados. Podréis encontrar, entre vuestros numerosos alumnos, muy buenos sujetos que Dios llamaría, pero que, como Samuel, no conocen todavía la voz del Señor. La Compañía tiene todavía demasiadas dificultades para admitirlos gratuitamente como postulantes o novicios; sin embargo, si encontráis quienes compensarían con sus cualidades extraordinarias lo que les faltase en recursos económicos, los admitiríamos, confiándonos a la Providencia divina.

¡Qué de cosas tendría todavía para deciros, mis queridos hijos! [Desearía] hablaros sobre todo de vuestra augusta Madre y patrona, la Santísima Virgen. Pero, por esta vez, me detendré aquí, implorando para vosotros todas las bendiciones del Señor.



717. Agen, 7 de diciembre de 1833
Al P. Caillet, Burdeos

(Orig. – AGMAR)

Le envío, mi querido hijo, cinco documentos copiados uno a continuación del otro en papel muy fino para evitarle los gastos de correo. El 1º es una circular que escribo a toda la Compañía; el 2º es una ordenanza del 12 de noviembre pasado, que le indica el contenido de los otros tres documentos. El primero, una fórmula de los compromisos definitivos que debe ser firmada por todos los que han hecho votos perpetuos de esta forma (usted el primero):

Aprobando lo arriba escrito, Burdeos, el ... X de 1833.

Caillet, asistente general

El segundo indicado, que es el 4º documento, es la fórmula de los compromisos trienales: cada uno de los que han hecho votos trienales, suscrito de esta manera (la cruz indica el nombre del que se ha comprometido).

Aprobando lo arriba escrito, en Burdeos, el... de 1833 para 18 meses o un año prorrogable.

■

El quinto que es el tercero indicado es una nota de inscripción. Los postulantes no tienen que firmar su inscripción, pero su inscripción debe llevar todos los datos indicados por la nota. Tenga pues cuidado de tomar todos esos datos de cada uno: apellido, nombre, etc., etc. Yo los inscribiré en el gran registro indicado por el artículo 9 de los estatutos de la Compañía de María.

Habrá que hacer, mi querido hijo, una copia de cada fórmula de compromiso en dos hojas de papel fino, separada una de la otra, una fórmula en una de las hojas y la otra fórmula en la otra; y cada uno firmará su fórmula respectiva.

Haga, mi querido hijo, la misma operación en la Magdalena y en San Lorenzo y dígame cómo ha salido; veremos después para el internado Sainte-Marie; hay alguna dificultad a causa de la ausencia del P. Lalanne; le escribí que esperaría a su vuelta para esta operación en el internado Sainte-Marie.

Me agrada mucho que el sr. de Saget se le haya abierto de corazón; si usted cree que es bastante sincero, le escribiré; estoy dispuesto a todo por la salvación de su alma.

No envió ya la lista, desde la Revolución, para los que tienen la edad de ser llamados a filas: hay ordenanzas que han cambiado esta disposición¹⁴. Nuestros jóvenes, desde hace cuatro años, incluido este año, siguen lo establecido para los demás maestros de escuela, y eso cambia cada año. Después de la última ley sobre la enseñanza primaria, los exámenes se hacen públicamente, con un rigor extremo. [Uno de nuestros religiosos], que es de los que les corresponde ir a filas, acaba de suspender el examen del grado inferior: de los quince que acaban de pasar sus exámenes, solo dos han obtenido un diploma, uno de los nuestros, el sr. Marandet, y otro de fuera. No hay más que un comité de examinadores por Departamento. Le digo en dos palabras –estando ya el curso demasiado avanzado como para hacer las gestiones necesarias para obtener la dispensa de los srs. Rohmer y Dumont por la vía de los compromisos decenales–, no veo mejor solución que hacerles tomar la sotana y enviarlos al Seminario mayor. No creo que usted arriesgue nada si espera la vuelta del P. Lalanne [para] ponerse de acuerdo con él en este asunto.

Si en pocos días no entra dinero –y no lo espero en especial–, le haré llegar una orden de pago sobre el pequeño depósito de 1.000 francos, ya muy explotado, que está en manos del sr. Auguste.

Rezaré y haré rezar por el éxito de su retiro. Cuando su nombramiento sea conocido en nuestros diversos establecimientos, le enviaré una breve instrucción sobre la manera de ejercer sus funciones de celo.

Reciba, mi querido hijo, mi afectuoso abrazo en el Corazón Inmaculado de María.

❖

¹⁴ La disposición de la ley que eximía a los religiosos del servicio militar, si se comprometían a dedicarse durante diez años a la enseñanza (véase la carta 568, en *Cartas II*).

S. 717 bis. Agen, 9 de diciembre de 1833
Al P. Chevaux, Saint-Remy

(Orig. – AGMAR)

Ha estado usted enfermo, mi querido hijo, y quizá lo está todavía; realmente está demasiado sobrecargado; es difícil que llegue a todo, al menos de una manera adecuada. Yo esperaba que pudiese usted contar con un sacerdote confesor, al menos de los internos, hacia finales de octubre. Propuse no hace mucho tiempo al sr. Clouzet un medio de suplirle sin ningún inconveniente, quizá incluso con ventajas para los internados.

Resulta demasiado para usted llevar dos noviciados, uno laico y otro eclesiástico. Los eclesiásticos, provisionalmente, no deben hacer más que un postulante para asegurarse moralmente de su determinación. Cuando tenga postulantes eclesiásticos bien decididos a su *exeat* podrá dirigirlos a Burdeos; siga lo prescrito para el noviciado; en cuanto me sea posible daré algunas directrices sobre este importante punto.

Tendrá usted la visita del P. Lalanne; hábleme de sus efectos. Me ha extrañado no conocer con detalle cómo ha sido el principio de curso del internado secundario ni saber nada sobre su situación desde este principio y sin embargo el P. Lalanne me urgía a decidir su viaje a Saint-Remy.

Le envío en sobre abierto mi respuesta al sr. Jacquot; la puede usted leer, cerrarla y entregársela. Este joven parece tener buenos sentimientos y un natural bueno, pero poco instruido sobre la vida religiosa. Creo también que es bastante limitado; se necesita mucha paciencia y suavidad, hay que animarle y sobre todo instruirle y, como puede tener el afán de saber, darle lecturas que sean adecuadas a sus necesidades y preguntarle sobre lo que haya observado.

Reciba, mi querido hijo, mi cariñosa amistad.



El sr. Mémain, director de las escuelas de Agen, es enviado a Burdeos para dirigir la liquidación financiera del internado Sainte-Marie: el P. Chaminade nombra a uno de los religiosos de Agen para reemplazarle en esta ciudad durante su ausencia.

718. Agen, 24 de diciembre de 1833
Al señor Pimouguet, Agen

(Copia – AGMAR)

El sr. Mémain, mi querido hijo, debe ausentarse próximamente, y le he escogido a usted para reemplazarlo, mientras dure su ausencia, como Jefe de las escuelas primarias de Agen. El ejercicio de sus nuevas funciones empezará en el momento en que aquel marche y cesará cuando vuelva.

Usted sabe que todo Jefe de establecimiento, según nuestras Constituciones fundamentales, es al mismo tiempo Jefe de celo, Jefe de instrucción y Jefe de trabajo, es decir que su solicitud debe llegar a todos los aspectos de su administración. El poder discrecional, otorgado a todos los Jefes, no se podrá ejercer todo el tiempo que yo esté presente. Cada uno de los Jefes particulares o Jefes de clase continuará en sus funciones como en el pasado: no podrá haber ningún cambio sin mi participación.

Espero que dará usted a todos ejemplo de regularidad y que estará a la cabeza de todos los ejercicios comunes, de cualquier tipo que sean, incluso de los que se hacen en común en un lugar determinado durante los tiempos libres, sea de estudio, sea de recreo.

El presente nombramiento será remitido al sr. Mémain para que sea proclamado en la comunidad reunida y transmitido al sr. Pimouguet, que enseguida, según la costumbre, pronunciará la fórmula: *Sea hecha...* Todos responderán repitiendo dicha fórmula.



El P. Lalanne ha hecho su viaje a Saint-Remy y está de vuelta en Burdeos: la carta siguiente nos trae algunos ecos de este viaje.

719. Agen, 31 de diciembre de 1833
Al señor Clouzet, Saint-Remy

(Orig. – AGMAR)

El P. Lalanne llegó, mi querido hijo, la víspera de Navidad a Burdeos. Me dio cuenta enseguida de su visita a Saint-Remy: todo lo que se ve en este establecimiento parece bonito; lo que está más al interior no es lo mismo.

He sentido mucho la enfermedad del sr. Gaussens: el P. Lalanne ha hecho bien en suspender la salida del sr. Bouveret. Tenga mucho cuidado de sus enfermos, en particular del sr. Athias: se supone que se encuentra en un estado tan penoso por haber forzado el trabajo.

Efectivamente, me ha escrito el P. Bardenet. A pesar de todas sus buenas palabras, parece conservar siempre un poco de mal sabor de las discusiones que tuvo con usted por su renta de 1.200 francos: no tardaré en responderle. No me habla del hermoso terreno que usted dice que había reservado para mí en la bella abadía de Acey.

Me extraña, mi querido hijo, que en su comunidad haya habido muchas protestas para firmar las fórmulas de compromisos: si se las hubiese presentado yo directamente, todo hace pensar que no habría recibido sus firmas¹⁵. [De hecho], 1º no han firmado algo a lo que no estuviesen ya comprometidos por sus votos; 2º los compromisos que han firmado son menores que los que han contraído con los votos; 3º no es verdad que solo ellos se comprometen y que la Compañía no lo hace: al contrario, la Compañía se compromete más que ellos. Por la ley civil, los sujetos pueden retirarse cuando quieran, avisando con seis meses de anticipación: por el contrario, el Superior de la Compañía no puede despedirlos sin una deliberación de su Consejo; tiene que haber una causa grave, deliberada y reconocida; se necesita un verdadero juicio y condena. Al no ser reconocidos por la ley los compromisos adquiridos por votos, ha sido preciso redactar una fórmula de compromisos que pudiese ser reconocida por la ley: es lo que se ordena en los Estatutos de la Compañía, aprobados por Ordenanza real. Entonces hay ventajas tanto para los miembros como para la Compañía: el estado de los miembros está asegurado por la ley; y la Compañía tiene un poco menos que temer de la inconstancia del espíritu humano y de las tentaciones del enemigo de la salvación... Supongo que su gente no habrá tenido tiempo de pensar y reflexionar, después de la lectura que usted les haya hecho tanto de mi Ordenanza como de mi circular; quizá incluso no conocen bien los Estatutos de la Compañía aprobados por el Gobierno. No envié copia de dichos Estatutos a Saint-Remy, pensando que usted los tenía ya.

El P. Lalanne me dice que usted no ha creído prudente leer el punto de mi circular donde se habla del P. Collineau y del sr. Auguste: pero no comenta nada sobre este acto de prudencia. El P. Lalanne dio una información completa a la comunidad del palacio, y no parece que se hayan escandalizado. Un gran número de casas han manifestado sentimientos contrarios. Algunos han tratado de consolarme de la pena que debía tener por la desertión de estos importantes miembros, y me han hecho nuevas manifestaciones de afecto y fidelidad a

¹⁵ Suscritas de mala gana.

la Compañía. Varios han concluido que no debían fiarse de los buenos sentimientos propios sino que debían velar siempre sobre sí mismos. En general, a todos les ha agradado que yo les advirtiese francamente del bien y del mal que existía en la Compañía y de las medidas que se tomaban para recobrar su fervor. Dudo, mi querido hijo, que cuando sus religiosos se enteren de esta mala noticia –porque terminarán enterándose–, no se exciten más, sobre todo si se les ha querido ocultar; y entonces no tendrán la misma posibilidad de reafirmarse.

Usted me ha devuelto, mi querido hijo, las hojas de compromisos llenas de firmas; pero no me habla ni de postulantes ni de novicios. En cuanto a los novicios, si los tiene, habría que rellenar las notas de inscripción que le he enviado, con las condiciones, si las ha habido. Es posible que el P. Lalanne no se las haya remitido: él mismo no me ha devuelto más que dos hojas de compromisos. Vea usted con el P. Chevaux a quién dejó el P. Lalanne todos los documentos, y pídale completarlos. Según nuestros Estatutos, los ingresos a las pruebas deben figurar en el gran registro donde están las actas de compromisos. No puedo erigir a Saint-Remy como Casa central secundaria más que después de que esté todo regularizado: entonces deberá usted tener un registro semejante al de la Casa central. Se abrirán registros regulares a partir de mañana, 1 de enero de 1834, según mi Ordenanza del 12 de noviembre de 1833.

Le agradezco, mi querido hijo, la apremiante invitación que me hace para ir a vivir a Saint-Remy. Los hermanos Rothéa han multiplicado las invitaciones para la soberbia casa de Ebermunster. Algunos de nuestros amigos, de alto rango, hubieran deseado que me estableciese en París. El caso es que tendré siempre la Casa de Burdeos como Casa central, hasta que Dios se digne hacerme conocer su voluntad a este respecto. En cuanto a mi gusto personal, hay poco en mí, si es que hay todavía algo: todas las casas de la tierra, por muy bellas y cómodas que sean, me parecen todas verdaderos lugares de exilio.

En su última carta, usted parecía de muy mal humor, [a causa] de las quejas amargas del sr. Galliot, y sobre todo por lo que él había dado a entender que era su sentimiento. – He censurado al sr. Galliot los juicios inicuos que hacía sobre usted, y creo que es censurable: [lo único] que he podido decir es que, aunque hubiese habido [ya] una gran reforma en Saint-Remy, podía quedar todavía alguna cosa [por hacer], lo cual es verdad. Los Jefes de las casas deben tener entre ellos gran franqueza y lealtad.

Tengo la intención, mi querido hijo, de trabajar constantemente en consolidar y regularizar la Compañía de María, y en purificar, en la medida de lo posible, a cada uno de sus miembros. Pronto va a aparecer una segunda circular con ocasión del primero de año. Pero, mientras tanto, le expreso lo mucho que deseo su santificación y reciba también mi más cariñoso abrazo.



720. Agen, 4 de enero de 1834
Circular a toda la Compañía

(Orig. – AGMAR)

CIRCULAR DEL SUPERIOR GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE MARÍA A TODOS LOS SUPERIORES O JEFES DE ESTABLECIMIENTOS Y A TODOS LOS MIEMBROS DE LA COMPAÑÍA PARA EL AÑO 1834.

Os escribí, mis queridos hijos, hace poco tiempo: no puedo, sin embargo, retener mi pluma al principio de este nuevo año. Cuando considero lo que acaba de pasar o lo que prometéis para el futuro, me apresuro a manifestaros de nuevo los sentimientos de mi cariño, y casi diría de mi agradecimiento: efectivamente, solo vosotros podéis consolarme y hacerme feliz, al menos en la tierra.

Mi última circular ha sido en general comprendida por vuestros corazones: habéis sentido que vuestro Padre no exigía de vosotros ningún nuevo compromiso; que en las

fórmulas que se os han presentado para firmar, [no había] más que un propósito de regularización en la parte administrativa, en la que estáis todos interesados. La mayor parte de las hojas expedidas han vuelto, con la expresión de los más vivos sentimientos de amor hacia mi persona, de una inquebrantable entrega a la Compañía de María, y de fidelidad en el cumplimiento de todos los deberes que ella nos prescribe. Todas las cartas posteriores, que me han llegado inmediatamente antes del primero de año o el mismo día, no han hecho más que insistir en la manifestación de estos sentimientos.

¡Qué feliz año me hacéis augurar! ¡Qué hermoso futuro para la Compañía de María! Estoy de acuerdo, mis queridos hijos, en que nosotros prosperaremos si permanecemos siempre íntimamente unidos y si sois realmente observantes. La Compañía de María es visiblemente, como lo reconocen todos, una obra de Dios, colocada especialmente bajo la protección de su santísima Madre; no puede ser destruida más que por vuestras manos, y vuestras manos unidas. Pero ¡qué crimen tratar de infligir ese daño a esta obra! ¡No, no será así! Si hemos tenido que llorar por la desertión de algunos miembros de la Compañía, tenemos muchas razones de consuelo. Se presenta un número mucho mayor de postulantes de toda clase; los antiguos se consolidan; casi todos parecen reemprender una vía renovada. Es preciso que haya escándalos, dice nuestro divino Maestro: sentencia difícil de entender de primeras; pero, sin querer sondear los juicios impenetrables de Dios, ¿no vemos aquí una feliz aplicación, por el bien que Dios saca de ella y por el fortalecimiento de los buenos?

Desearía, mis queridos hijos, haceros un resumen rápido de los progresos y las mejoras de nuestra querida Compañía: pero me reservo esta satisfacción para más adelante. Por lo demás, vosotros no podríais daros cuenta de estos progresos más que cuando hayáis visto un cuadro de la situación en su punto de partida.

No son solamente los Jefes generales ni los Jefes particulares, sino que sois vosotros todos juntos, mis queridos hijos, los cooperadores en esta obra de Dios. Vosotros formáis todos juntos una verdadera sociedad: verdadera sociedad, primeramente en el orden de la religión, pero también en el orden civil, por la excelencia de lo que se propone; y es por ese fin por lo que el Gobierno la ha aprobado, es por ese fin también por lo que vosotros tomáis, al entrar, compromisos tan generosos. Estos compromisos suponen una entrega plena a la obra emprendida; son, por decirlo así, el aniquilamiento de ese egoísmo que aflige a la sociedad universal.

Trabajemos, mis queridos hijos, todos de acuerdo, en perfeccionar nuestra Compañía. El enemigo ha sembrado cizaña en el campo del Padre de familia. A medida que la Compañía ha aumentado, ha creado diversos establecimientos, y otras normas y otras costumbres se han introducido en algunos establecimientos.

Se quejan algunos, por ejemplo, con razón, de que no existe una verdadera uniformidad en el traje. Digo que se quejan con razón, porque esta uniformidad es del mayor interés para los miembros de la Compañía: si se deja que estos abusos subsistan, pronto veréis degenerar a la Compañía misma. Mantengámonos firmes, mis queridos hijos, en nuestras antiguas normas, para volver apaciblemente a la uniformidad primitivamente adoptada. Pido, por tanto, a todos los Jefes de Establecimiento que me envíen la descripción detallada del traje de los miembros que componen sus casas. Esta descripción señalará las diferencias que encuentren entre su traje actual y lo que puedan conocer del traje primitivo, entonces decidirán cómo debe ser la renovación de cada componente del traje o uniforme; pero para ello, consultarán a sus cohermanos: si hay algunos que no piensan como ellos, pondrán por escrito estas opiniones particulares. Con todas estas informaciones a la vista, me será fácil, queridos hijos, saber la verdad y establecer para siempre la mayor uniformidad posible, salvo

algunas circunstancias en que podrían pedirme algunos permisos excepcionales: pero estas excepciones no harían más que confirmar la regla, como dice el proverbio¹⁶.

No quiero vivir, mis queridos hijos, más que para todos vosotros. Quiero conducirlos a Jesucristo y a su augusta Madre. Os he consagrado y os consagro de nuevo, en este principio del nuevo año, todos mis trabajos y todos los momentos de mi vida. Quiero que haya entre nuestros corazones un entendimiento completo; que no formemos todos más que una sola familia, íntimamente unida por los sentimientos recíprocos de amistad y de religión. Al consagraros toda mi vida y mi existencia, lo sé, no lo hago por mucho tiempo: soy ya muy viejo, y más de lo que algunos de vosotros piensan. Pero ¿no es esa una razón, mis queridos hijos, para darme prisa en perfeccionar y también extender la obra de Dios, la Compañía de María? ¡Qué es lo que no podríamos hacer bajo los auspicios de nuestra augusta Madre y Patrona! ¡A qué grado de virtud podríamos llegar!

Confiado plenamente en su poderosa protección, os doy, mis queridos hijos, en este nuevo año, en la efusión de mi corazón, mi bendición paternal.



S. 720 bis. Agen, después del 4 de enero de 1834
Al P. Rothéa, St. Hippolyte

(Copia – AGMAR)

Le envío, mi querido hijo, cinco documentos copiados seguidos uno de otro en papel muy fino para evitar gastos de correo.

El primero: una circular que escribo a toda la Compañía.

El segundo, una Ordenanza del 12 de noviembre pasado, que le indica el contenido de los otros tres documentos.

El primero, una fórmula de los compromisos definitivos que debe ser firmada por todos los que han hecho votos perpetuos de esta forma, usted el primero:

Aprobando lo arriba escrito, Burdeos,

En St. Hippolyte, el.... de 1833.

Firmado: Rothéa, Superior del establecimiento

El segundo indicado (que es el 4º documento) es la fórmula de los compromisos trienales: cada uno de los que han hecho votos trienales, suscrito de esta manera (la cruz indica el lugar donde debe estar el nombre del que se ha comprometido).

Aprobando lo arriba escrito,

en St. Hippolyte,, el... de 1833

para dieciocho meses o un año prorrogable.

El quinto (que es el tercero indicado) es una nota de inscripción. Los postulantes no tienen que firmar su inscripción, pero su inscripción debe llevar todos los datos indicados por la nota. Tenga pues cuidado de tomar todos esos datos de cada uno: apellido, nombre, etc., etc. y yo los inscribiré en el gran registro indicado por el artículo 9 de los estatutos de la Compañía de María.

Habrá que hacer, mi querido hijo, una copia de cada fórmula de compromiso en dos hojas de papel fino, separada una de la otra, una fórmula sobre una y la otra fórmula sobre la otra; cada uno firmará su fórmula respectiva.

Le encargo de la misma operación en Ebermunster para el sr. Clerc, en Sainte Marie-aux-Mines para su hermano, en Colmar para el sr. Coustou, etc., en todos los establecimientos

¹⁶ Véase sobre este punto la expresión más completa del pensamiento del Fundador en la carta del 15 de abril de 1836 a los Jefes alsacianos (carta 834).

de Alsacia. Aquellos de estos establecimientos que utilicen hojas distintas de las suyas pueden hacérmelas llegar directamente; si prefieren firmar en la hojas de compromiso de usted, entonces, usted me las pasará de nuevo así regularizadas, etc.¹⁷.



Siguiendo las recomendaciones de la circular del 4 de enero, el P. Caillet hizo describir detalladamente a los srs. Joncas y Genevière, sastres de San Lorenzo, el traje de los religiosos de su comunidad: pueden ser interesantes los principales pasajes de este documento (30 de enero de 1834).

Descripción del traje primitivo de la Compañía de María.

La levita o redingote, de color marrón, de largo hasta los cuatro dedos y medio de la pierna; el corte un poco largo y la anchura de la parte baja de alrededor de cuatro pulgadas; cruza sobre la parte delantera a cuatro pulgadas: todo un poco amplio. Los botones son del mismo paño que la levita; los bolsillos están en los pliegues de la cintura... El cuello, cayendo y cortado por el medio, forma con las solapas una M: su anchura sobre el cuello es a lo más de dos pulgadas y media; ningún ojal en las solapas... Las mangas están cerradas con una bocamanga que se dobla unas cinco pulgadas sobre los brazos.

El pantalón negro; su largura hasta el tobillo, sin abertura en el bajo, un poco amplio, sin forma de pantorrilla...

El chaleco, negro, recto en la delantera, abotonado hasta arriba: el cuello recto, con bolsillos cuyas ranuras son cuadradas en las puntas.

Siguen detalles sobre el vestido de trabajo, sobre los zapatos y sobre los tocados de la cabeza.

El P. Caillet completa estos informes describiendo el vestido de los sacerdotes y clérigos de la Magdalena:

Sotana larga pero sin pliegues, al menos que se noten, en las espaldas, y no mangas de farol, sino simples... La parte de arriba de la sotana se cierra con uno o dos corchetes, para que las esquinas no estropeen el alzacuello como cuando hay botones hasta arriba... Se lleva una faja de lana de la anchura de una mano para los sacerdotes... un poco menos ancha para los que no son todavía sacerdotes... Esa es la forma de vestir de los sacerdotes de Burdeos.



Entretanto, en Saint-Remy, ha surgido un conflicto entre un alumno y el sr. Brunet, profesor de retórica. Este, en un momento de excitación, ha dado un bofetón a uno de sus alumnos, que ha replicado pegando a su maestro. Este, irritado, dice al Director, P. Fontaine, que el alumno debe ser despedido, o que, en caso contrario, él mismo se va a retirar. Como el Director vacila, el sr. Brunet abandona Saint-Remy y va a Agen a hablar con el P. Chaminade. Mientras, el P. Fontaine, a instancias de los alumnos, apoyados por un profesor, otorga el perdón al culpable. Las cartas que siguen nos permiten conocer, con las atinadas reflexiones del Fundador, la solución feliz del conflicto.

¹⁷ S. 720 bis. Esta carta está extraída de un registro encontrado en Maguncia en 1938.

721. Agen, 9 de enero de 1834
Al P. Chevaux, Saint-Remy

(Orig. – AGMAR)

He recibido, mi querido hijo, su carta del 29 de diciembre pasado, que me habla de los efectos que la visita del P. Lalanne ha producido en Saint-Remy.

Supongo que el P. Fontaine habrá calmado al sr. Langué: este último, además, se equivocaría pidiendo su traslado sin prevenirme antes; pero el P. Fontaine haría bien en pensar antes lo que dice, incluso riendo.

Recibí ayer una carta del sr. Brunet, que me comunicaba su salida de Saint-Remy y la causa que la había determinado. Dos o tres días antes, después de su día de retiro me había escrito que, al renovar sus votos, [él había tenido] la intención de renovar especialmente el de estabilidad en el sentido en que la Compañía lo entendía... Envié enseguida al P. Lalanne la última carta del sr. Brunet, y ahora lo espero.

Es quizá un efecto de la protección de la Providencia que él haya tenido esta cabezonada: comenzaba ya a ser nocivo en Saint-Remy, y era difícil reemplazarle, por la estima y afecto que le tenían sus alumnos. Sus alumnos, al ser ellos mismos la causa de su marcha, verán sin pena a cualquier otro que le reemplace. Supongo que usted habrá buscado reemplazante o en el P. Fontaine o en el sr. Bonnet.

El P. Fontaine no debería haber cedido a las presiones de los internos más que a condición de que ellos hubieran obtenido del sr. Brunet el perdón del culpable. Sin duda no es más que una falta de atención en el P. Fontaine. ¡Ya ve usted de cuánta atención, reflexión y discernimiento están necesitados los jefes! Escribame enseguida todo lo referente a esta lamentable historia y cómo se ha solucionado, y en general sobre cómo están los ánimos.

Envío al sr. Clouzet una circular que escribí, con el nuevo año, a todos mis queridos hijos de la Compañía de María; le ruego a él que se la comunique a usted, o mejor que le dé una copia, para transmitirla a toda su comunidad. Tome como dirigidas a usted, mi querido hijo, una gran parte de las expresiones de mi afecto paternal: me será siempre difícil decir todo el afecto que le tengo.

P.S. Esta breve carta estaba cerrada cuando he recibido la de usted y la del P. Fontaine. Ténganme los dos al corriente de todo lo que pase y de todas las medidas que hayan tomado para detener todas las malas consecuencias.



Mejor informado sobre el incidente de Saint-Remy, el P. Chaminade, en una segunda carta, lo juzga de manera diferente, y reenvía a Saint-Remy al sr. Brunet penitente.

722. Agen, 15 de enero de 1834
Al P. Chevaux, Saint-Remy

(Orig. – AGMAR)

Su fin de año efectivamente, mi querido hijo, ha tenido que ser bien triste. Dios, en su gran misericordia, podrá sacar de esta enojosa aventura un bien, quizá para todo el mundo. El sr. Brunet ha precipitado demasiado el asunto; la exclusión del alumno culpable no estaba en el Reglamento, tomado en su espíritu, y usted sabe que la letra mata. El Reglamento no podía prever una revuelta provocada por el propio maestro; y eso es lo que sucedió. El alumno no pegó al sr. Brunet más que después de haber recibido un bofetón –un bofetón en Francia es una injuria–: el golpe devuelto inmediatamente deberá ser considerado como el efecto de una

primera reacción, de una reacción casi involuntaria; no se puede dar por supuesta una revuelta sin haber reflexionado antes. El sr. Brunet ha cometido un doble error al pronunciarse, inmediatamente después de la lucha, o por la exclusión del alumno o por su retirada definitiva. Error en primer lugar por la exclusión del alumno: no es en el calor de una lucha ofensiva donde se decide la aplicación de una regla tan rigurosa. La segunda parte de su promesa era todavía peor, independientemente de que él se ponía cada vez más en un compromiso: un religioso, en una comunidad, ya no se pertenece; y con el pretexto de forzar a un Superior a dar un castigo, no puede privar a toda una comunidad de sus servicios. Si se analiza bien el asunto, se podría encontrar mucho mal. Es un efecto de la Providencia misericordiosa de Dios que el P. Fontaine se haya visto como forzado a otorgar el perdón al culpable por su gran sensibilidad. El profesor que se lo pidió parece que ha dado prueba de un buen juicio. No me extiendo más sobre este asunto. Respondo también al P. Fontaine, él le dará a conocer mi carta. Usted puede darle a conocer esta y pónganse de acuerdo para lo mejor. Voy a escribir unas palabras al sr. Clouzet.

Antes de que llegue un asunto serio e inquietante, usted se turba y se desanima: eso no está bien. Reconociéndose culpable delante de Dios de los desórdenes que ocurren bajo su dirección, no corre usted ningún riesgo; tampoco corre ningún riesgo pidiendo perdón: pero, mientras tanto, lleno de confianza en Dios, conserve el dominio de sí mismo; trate de disminuir el mal si no puede detenerlo; trate de curar lo que sea defectuoso. Conservemos la paz de nuestra alma; sigamos siempre adelante como si no pasase nada; no dejemos aparecer nuestras inquietudes y titubeos.

Que tenga un Consejo, y el mejor posible, entra dentro de lo prudente; pero que hubiese en Saint-Remy un Consejo que estuviese por encima de usted y del que usted no haría más que seguir sus órdenes, sería contrario al espíritu de la Compañía de María, sería cambiar la marcha de su gobierno, etc.

Independientemente del Consejo de la comunidad, debería haber uno de profesores, donde se tratarían todos los asuntos del internado: me refiero a los asuntos internos. – El sr. Brunet, que entra en este momento en mi habitación para recibir mi bendición antes de su marcha, me ha dicho que ese Consejo existía en Saint-Remy. Ahora solo se trata de saber si funciona bien. Parece que no llevan a él todos los asuntos que convendría llevar, si no se ha llevado el de la mala cabeza del sr. Adolfo de Belleney, si no se han tomado todos los medios necesarios para curarlo o al menos para disminuir grandemente el mal: se habrían podido también tomar medidas [preventivas contra los] problemas que hubieran podido llegar a causa de su mala cabeza. El P. Fontaine es el Presidente natural de esta Consejo; usted es libre de estar en él o no, no está obligado a ello: pero debe saber si este Consejo toma una buena dirección en Saint-Remy.

En todos nuestros internados y escuelas, la obra total no está solamente dividida entre cada uno de los profesores, sino que todos deben interesarse por el conjunto: cada uno es solidario del éxito de toda la obra.

Escribí al sr. Clouzet que ustedes se pusiesen de acuerdo para invitar a uno o dos párrocos de alrededor a oír las confesiones de los internos, con el fin de descargarle a usted, al menos provisionalmente. No hay que emprender demasiadas cosas; no debe usted arruinar su salud. Hay un justo medio, que no siempre es fácil saber, pero que hay que buscar siempre.

Dé siempre mucho tiempo a la oración y a una buena oración: sin oración ¿qué otro medio de éxito puede haber para usted y para los demás?

Reciba, mi querido hijo, mi cariñoso abrazo.



723. Agen, 15 de enero de 1834
Al señor Clouzet, Saint-Remy

(Orig. – AGMAR)

Espero, mi querido hijo, que todo el alboroto que se ha creado en el palacio no habrá tenido consecuencias negativas, sino que Dios se dignará sacar un beneficio para todos nosotros. Hoy, 15 de enero, el sr. Brunet acaba de marchar, lleno de entusiasmo para volver a trabajar en la obra emprendida. Marcha a pie: primero, porque yo no estoy en condiciones de pagar los gastos de un viaje en coche, y también por penitencia, por los errores importantes de los que se ha hecho culpable en el enojoso asunto de que se trata. Escribo, en las cartas adjuntas al P. Fontaine y al P. Chevaux, todo lo que hay que hacer: supongo que ellos le comunicarán sus cartas. El sr. Brunet irá donde usted y se detendrá ahí hasta que una pequeña representación del palacio venga a buscarlo y a introducirlo. Acordamos que ya no se hablará nada de lo que había pasado. El sr. Brunet renovó ayer sus votos, especialmente el de estabilidad: esperemos que en adelante sea inquebrantablemente fiel a nuestra gran obra.

Usted verá si necesita estimular al sr. Gaussens, y si su enfermedad es tan real como él cree. A fuerza de creérselo, y de cuidarse y obrar en consecuencia, se sentía enfermo. Estaba en ese estado cuando vino a verme a Agen; tuvo también una crisis en Tonneins. Tratamos de disipar sus ideas en Agen y en cuatro o cinco días se curó de modo aceptable y tuvo [incluso] suficiente fuerza para salir a pie hacia Saint-Remy.

Todos los movimientos y cambios hechos en Saint-Remy, [así como] los gastos superfluos, le han tenido que poner en dificultad: pero no hubiera creído que usted pudiera olvidarse enteramente de Burdeos, sobre todo después de que usted me prometió y [yo esperaba] que haría que [me] fuesen llegando recursos. Sería muy difícil expresar la penosa situación en que nos encontramos, sobre todo desde mayo y junio pasado. En la mayor parte de las deudas, el sr. Auguste, para salirse del apuro, había dado pagarés cuyos vencimientos estaban escalonados poco más o menos de mes en mes. El sr. Bardinet acaba de morir: he ahí 12.000 francos vencidos y exigibles. El sr. Mémain está en Burdeos, pero ¿qué puede hacer sin dinero? No haga ningún gasto extraordinario, incluso para mejora. Vaya mandando todo lo que pueda. El sr. Mémain ha vendido las pequeñas propiedades de los hermanos Armenaud. Se ha podido respirar durante un poco de tiempo, pero poco, muy poco, y [hay que] recurrir a los recursos extremos para evitar protestos. Siempre espero que llegaremos a todo: pero no hay que tentar a la Providencia. Estoy convencido de que, si usted toma las cosas con empeño, resolverá los problemas. Me viene la idea de ponerle de acuerdo con el sr. Mémain: se podrían entender entre los dos; con sus esfuerzos unidos, y bendecidos por el Señor, llegarían a mantener todo, y a irnos liberando poco a poco. Lo malo es que el internado Sainte-Marie no pueda todavía mantenerse por sí mismo. El P. Lalanne trabaja realmente por levantarlo y ponerlo en una situación floreciente. Tenemos otros establecimientos que van bastante bien, y que, si no sucede algún imprevisto, podrán también ayudar. Todo está en manos de Dios: pero repito, tenemos que hacer todo lo que podamos.

Sigo trabajando, mi querido hijo, en reformar la Compañía de María en todas sus partes. Pronto estaré en condiciones de poder erigir a Saint-Remy como Casa central secundaria. No lo podía hacer antes de regularizar civilmente las personas que dirigen este establecimiento. Me faltan de Saint-Remy todos los informes que he pedido sobre los novicios. Para hacer cosas sólidas, hay que seguir leyes y reglas.

Me detengo aquí. Reciba bien al sr. Brunet: no le hable nada de lo que ha pasado, y recomiendo expresamente al palacio que no se hable nunca más de la triste aventura, en que casi todos han cometido errores. Reciba mi cariñoso abrazo.



Para asegurar la buena gestión financiera del internado Sainte-Marie de Burdeos, el P. Chaminade encarga de ella al sr. Bidon, al cual transmite, con el nombramiento, instrucciones útiles, por mediación del sr. Mémain, ecónomo general. Se verá, por lo que sigue, que esta medida no era superflua, a causa del genio aventurado del P. Lalanne, superior del establecimiento.

723 bis. Agen, 13 de enero de 1834

Al señor Bidon, Burdeos

(Copia – AGMAR)

Nos, Superior general de la Compañía de María, hemos nombrado y nombramos por la presente Ecónomo del internado Sainte-Marie de Burdeos, a nuestro querido hijo, sr. Bidon, miembro primitivo de la Compañía de María, otorgándole a este efecto toda autoridad respecto a la economía de dicho internado, bajo la supervisión y dirección del P. Lalanne, Superior de este establecimiento.



723 ter. Agen, 13 de enero de 1834

Al señor Mémain, Burdeos

(Copia – AGMAR)

Adjunto el nombramiento del sr. Bidon como ecónomo del internado Sainte-Marie. Tenga la bondad de ayudarle a determinar poco a poco cada clase de gasto. En adelante él será el responsable de los gastos que se hagan en el internado: sin duda, deberá entenderse siempre con el P. Lalanne, pero no hacer más que los gastos que juzgue necesarios y convenientes. Gastos relativos al régimen interior de la casa y a lo que es mantenimiento riguroso y necesario tanto de la casa como de las personas de la comunidad: pero no gastos extraordinarios sin un permiso expreso mío. Y si usted estuviese en Burdeos, usted testificaría su necesidad...

Al remitir al sr. Bidon su nombramiento, le dejaré una copia de este punto que le concierne, como instrucción.



S. 723 quater. Agen, 18 de enero de 1834

Al señor Clouzet, Saint-Remy

(Orig. – AGMAR)

Puede usted hacer efectiva, mi querido hijo, la orden de pago del sr. Deshayes hijo, a favor de su padre, que asciende a la suma de 250 francos, y pagar también los gastos de protesto y de reintegro. Tengo a la vista cartas del padre que me expresan sentimientos bien diferentes de los que expresa a los srs. banqueros. Voy a escribirle en uno de los próximos correos, pero mientras tanto, pague de todas formas.

Acababa de responder a la carta de envío de los compromisos cuando recibí una del P. Lalanne en donde me decía la verdadera razón por la que él y usted no habían leído el punto de la circular referente al sr. Auguste y al P. Collineau. Admito la razón y añado que él debería haberme hablado enseguida más francamente. Le habría ahorrado a usted algunos pequeños reproches.

El sr. Perriguy vuelve sobre la incompatibilidad para él de los cargos de portero y ropero; la incompatibilidad proviene de su sordera; cuando está en la ropería, no oye la campanilla de la puerta. Los que llaman se impacientan, echan pestes, le hacen reproches amargos y él se cree responsable de estos desórdenes; tenga la bondad de decirle que le he escrito en respuesta a su carta del 21 de diciembre. El asunto podría solucionarse haciendo que esté yendo y viniendo de la ropería y cuando se vea obligado a quedarse durante un rato tenga alguien que le advierta cuando suene. Su carta no refleja un mal espíritu; no es propiamente el trabajo lo que teme, sino las ofensas a Dios que podría hacer que se evitasen.

Me detengo aquí. No hace más que dos días que le escribí sobre el sr. Brunet especialmente.

Que el Señor le conceda su gracia y su paz.



724. Agen, 20 de enero de 1834
Al P. León Meyer, Courtefontaine

(Orig. – AGMAR)

Le agradezco, mi querido hijo, que me comunique, al principio de su carta del 4 de enero, el pensamiento, que usted llama triste, que ha venido a su alma a la lectura de mi circular y de mis ordenanzas¹⁸. Aunque mi salud se mantiene, no debo preciar-me de que mi carrera sea todavía larga: pronto terminaré mi 72º año¹⁹. Me parece que no ambiciono vivir todavía mucho tiempo, aunque tendría necesidad para reparar el pasado, tan pobre en buenas obras. Aunque sea usted joven, fuerte y vigoroso, no debe agarrarse a la vida, mi querido hijo: manténgase siempre dispuesto a partir. Que cuando llegue a mi edad, si llega, no tenga usted la pena que yo siento de no haber servido mejor a Dios. Entre en las hermosas vías de la oración; que su unión con Jesucristo sea cada vez más íntima; viva con Dios en Jesucristo.

Haga la Hora santa todas las semanas: esto no será una orden más que si no está considerablemente ocupado y hasta el final de este año escolar: la renovará si ha sabido sacar gran provecho de esta santa práctica.

No se desanime respecto al sr. Galliot; haga de manera que vuelva a tomar sus funciones con el mismo celo y entusiasmo que las ha ejercido antes: una falsa idea se ha apoderado de su espíritu; la responsabilidad de su oficio le resulta insoportable.

Pida al sr. Galliot, si se repone un poco, que me escriba sobre el sr. Lassigne²⁰. Recomiéndele, en espera de una determinación, emplearlo poco fuera: es bastante difícil, en general, hacer llevar una vida interior a esta clase de personas. Escribo unas palabras al sr. Lassigne y al P. Chevaux: tenga la bondad de entregarles sus notas respectivas.

Escribo ampliamente al sr. Galliot, sin hablarle todavía de las becas del año pasado. Hay que abrir su corazón: no lo conseguiré si usted no me ayuda; pero ¿cómo me va usted a ayudar si su propio corazón está cerrado respecto a él? ¡Que la caridad y el celo lo dilaten!

Si el sr. Lassigne se afianza y se le puede enviar sin temor al Noviciado, y al Noviciado eclesiástico, encargaré al sr. Galliot que arregle sus asuntos temporales.

Esté tranquilo sobre los 2 francos dados al joven huérfano, y dejo a su disposición algún dinero donado a la iglesia para el párroco.

¹⁸ Alusión, sin duda, al pasaje de la circular del 4 de enero en que el Buen Padre hablaba de su edad avanzada.

¹⁹ Es decir, tal como se hace el cómputo en España, cumplirá 73 años (N. T.).

²⁰ Postulante de 32 años (ver carta siguiente).

Habrá usted recibido, antes de esta carta, una segunda circular para el año 1834: tome para usted, por favor, la mayor parte de los sentimientos de afecto paternal que expreso a todos mis hijos de la Compa a de María en este nuevo año.



S. 724 bis. Agen, 26 de enero de 1834
Al señor Clouzet, Saint-Remy

(Orig. – AGMAR)

Le decía últimamente, mi querido hijo, que era necesario que usted se pusiese de acuerdo con el sr. Mémain sobre todas las deudas del internado Sainte-Marie. Comunicó mi idea enseguida al sr. Mémain y le dije que le escribiera a usted y le diese una visión de todas las deudas exigibles en el presente año y me hiciese llegar una copia de la carta que él le escribiera; acaba de enviarme la carta; hago sacar copia de ella y la mando al correo.

El sr. Mémain no habla más que de las necesidades del internado, pero el P. Caillet me escribe hoy mismo que necesita 2.000 francos para pagar deudas atrasadas y poder seguir adelante sin demasiadas inquietudes. Independientemente de todo eso, yo necesitaría 900 francos para responder a una letra de cambio de una suma parecida con alguna fracción y de otra cantidad semejante para finales del mes de junio. Hay todavía otras deudas no suscritas por el sr. Auguste, y que se pueden abordar pagando los intereses.

El pago de las dos deudas más importantes de 20.000 francos cada una, una para el 12 de mayo próximo y la otra para el 22 de julio, podrá ser aplazado a más tarde, de acuerdo con los acreedores. Son acreedores muy difíciles. Tendríamos muy grandes razones para pagar al menos al sr. Latour.

El capítulo en que usted vea: Pagarés con diversos vencimientos hasta el 15 de junio próximo que ascienden a 18.167,84 francos, creo que no debe asustarle demasiado. Sospecho que son pagarés que est n en manos del sr. David y que se podrán retirar. Lo verificará próximamente y le informar  de ello.

 Conoce usted en Courtefontaine a un tal sr. Lassigne, novicio, que después de todos sus estudios teológicos entr  en el comercio y estuvo empleado algún tiempo como viajante de comercio? Dicen de él que es bastante inteligente en los asuntos temporales. Yo tenía la intención de enviarlo al noviciado eclesiástico de Burdeos, pero lo enviar  a Saint-Remy si usted cree necesitar alguien que le represente en el palacio, porque le veo a usted muy disperso en demasiados sitios.

 No convendría revender la propiedad que usted compr  del sr. Gobillot y su cu nado?  Quiz  incluso no se podría sacar algún provecho de haberlo comprado en una época en que las propiedades estaban a la baja?

En fin, mi querido hijo, no nos inquietemos, no nos preocupemos, sino trabajemos seriamente en estar tranquilos. Le abrazo con cariño y le deseo la paz del Señor.



S. 724 ter. Agen, 27 de enero de 1834
Al señor Mémain, Burdeos

(Copia – AGMAR)

... lo que usted llama negocio de pagarés no debe hacerse más que en caso extremo. Nunca hay que dejarse llevar a ese extremo. Otra cosa es cuando la Providencia conduce a ello...



S. 724 quater. Agen, 31 de enero de 1834
Al señor Deshayes, Saint-Hippolyte

(Copia – AGMAR)

Hacía pocos días, mi querido hijo, que había escrito a su padre, en respuesta a la carta que recibí de él, cuando supe que la orden de pago que usted había extendido para su padre no había sido pagada, que había vuelto con protesto a las manos del banquero que le había pagado el montante; el banquero estaba más irritado todavía porque su padre le escribió toda clase de invectivas contra usted y la Compañía de María. Mandé de inmediato al sr. Clouzet que pagase la orden de pago y los considerables gastos que su devolución había ocasionado.

La carta de su padre a la que respondí contenía sustancialmente la recepción de la cuenta de las deudas de usted, tal como usted mismo me la remitió. Se excusaba del retraso que achacaba a una enfermedad que él y la madre de usted acababan de tener; añadía que había empezado a ejecutar lo que yo le había pedido... Imagine, mi querido hijo, cuál fue mi extrañeza cuando me enteré del protesto de su orden de pago y la carta que él había escrito al banquero de Besanzón. Tengo en mis manos varias cartas de él, pero sobre todo una donde me pide hacer toda clase de gastos para conducirlo a usted, que él responderá de todo con tal de que eso no exceda su fortuna. Todas sus cartas son extremadamente honestas y manifiestan una probidad consumada y un gran cariño por usted. Es verdad que usted me dijo lo contrario; pero es también verdad que, a mi juicio, la aspereza con la que él había obrado con usted no era más que un medio que él creyó que debía utilizar para llevarle a mejores sentimientos. Incluso le he felicitado por haber sabido tomar la actitud que convenía en la perturbación en que usted se encontraba. Mi correspondencia con su padre no comenzó por mí. Él sospechó algo grave por una carta que había recibido de usted, creo que de Besanzón. ¿Me dirá que estaba equivocado creyendo a su padre y no creyendo a usted? El hecho prueba que es usted quien decía la verdad, pero ¿cómo creer tanta indignidad por parte de su padre?... No he creído que yo debía escribir a su padre, ni desvelar todo lo que ha pasado entre nosotros. Todo esto es demasiado fuerte... Recibí también una copia cuyo original recibió usted en Estrasburgo. El sr. Auguste no pudo nunca descifrar el nombre del autor de la carta y, por tanto, tampoco responderle; él tomó la determinación de mandar el original al sr. Clouzet enviándome una copia a Agen, y usted ya sabe el resto; pero todo se ha acabado en Besanzón, usted no oír hablar más de ello.

Usted está en Saint-Hippolyte, el P. Rothéa lo había pedido; él le quiere mucho; le puse en manos de quien pondría el máximo interés en su vuelta completa a Dios. Avisé también al sr. Coustou de este destino. Todos le creíamos en vías de una pronta curación; pero parece que está seriamente enfermo. Y bien, mi querido hijo, ¿cree usted que nuestra amistad y nuestra caridad se han acabado? Si usted tiene verdaderos sentimientos de penitencia, invito al P. Rothéa que lo proteja y cuide de usted, por penosos que puedan ser los cuidados y tratamientos de una enfermedad semejante. La efervescencia de sus pasiones y los males que usted nos causa no me han hecho olvidar el recuerdo de los beneficios que ha querido procurar a la Compañía. Tranquilícese, mi querido hijo, soporte su mal con paciencia y espíritu de penitencia; es usted muy afortunado porque el Señor se digna castigarle. ¿A qué peligro de perder su alma y a su Dios para toda la eternidad no está usted expuesto? Envío, mi querido hijo, esta carta sin cerrar al P. Rothéa, para que empiece a ponerse al corriente de lo que pasa entre nosotros y también para animar su celo por la salvación su alma, así como por la salud de su cuerpo. Toda su persona me será siempre querida. Puede usted creer en mi inquebrantable afecto.

P.S. Sin duda, en Saint-Hippolyte no encontrará tan grandes ayudas para su tratamiento como encontraría en una gran ciudad; pero encontrará ahí lo que quizá no encontraría fuera, los cuidados que inspira la caridad y las bendiciones del Señor, más apreciables que todos los ingenios del arte; además la Providencia quiere que esté usted ahí; no quiera más que lo que Dios quiere.



S. 724 quinquies. Agen, 3 de febrero de 1834
Al señor Clouzet, Saint-Remy

(Orig. – AGMAR)

Acabo de recibir, mi querido hijo, su carta del 23 de enero y el mismo correo me ha traído una del sr. Deshayes, que se encuentra en St. Hippolyte. Le hago llegar para su gobierno copia de esta misma carta con la copia también de la respuesta que le doy... Acabo de escribir también al sr. Prouhet e incluyo también aquí copia de mi carta para su gobierno.

Iba a hablarle de un joven cocinero que el P. Lalanne envía a St. Remy; pero habiendo sabido por una carta del mismo P. Lalanne que usted estaba ya de acuerdo, le advertiré solamente que si se suscitase alguna inquietud por ser ajeno a la Compañía, usted puede salir de la situación diciendo que el joven es postulante. Se lo he advertido al propio joven. Yo creo con el P. Lalanne que si el joven es bien cuidado, no tardará mucho en manifestarse. Es conveniente, sin embargo, que usted le reciba solamente como joven de fuera que trae buenas referencias y se presenta para hacer la función de cocinero. He advertido al joven que los 3.000 francos de sueldo que se le prometía hacían que su puesto no estuviese muy asegurado, porque naturalmente si la Compañía tuviese algún sujeto para cumplir su misión, ella lo emplearía. Él quizá le llegue al mismo tiempo que esta carta.

Por mucha pena que yo vaya a sentir, mi querido hijo, por nuevos sucesos y desórdenes, no debe dejar de comunicármelos enseguida. En cuanto recibí la carta de usted, escribí al sr. Deshayes y le indiqué un remedio que parecía bueno. Mi carta se ha cruzado con una de él que me transmitía la misma noticia que usted le había comunicado. Acabo de escribirle y añadido mucho al remedio. No hago nada en espera de su respuesta que, sin duda, será muy rápida.

Le enviaré inmediatamente una nota de inscripción para los novicios.

Me detengo aquí porque va a salir el correo y le abrazo con todo afecto.

S. 724 sexties. Agen, ... enero de 1834
Al señor Prouhet...

(Copia – AGMAR)

He pedido informaciones, señor, para decidir sobre su asunto con el sr. Clouzet, que usted ha llevado con razón a mi tribunal. Según estas informaciones, he sabido que usted había acordado con el sr. Clouzet rescindir su arriendo a principios de febrero de 1834, y ese plazo ya ha llegado. ¿Qué tengo que decidir? No puede tratarse más que de una bonificación a su salida. Por una parte, usted pretende que debe ser pagado con 1.500 francos; por otra parte, el sr. Clouzet tiene fuertes razones para creer que los 1.000 francos que le ha prometido eran suficientes tal como están las cosas. Yo soy de la opinión de compartir la diferencia. Escribo en este mismo correo que se liquiden sus cuentas de este año en 1.250 francos pero a condición de que se rescinda el arriendo y usted salga como está convenido.

El P. Chevaux sentía cómo se debilitaba ante las dificultades de su tarea: para animarlo, el P. Chaminade le dirige la carta siguiente, una de las más hermosas salidas de su pluma.

725. Agen, 7 de febrero de 1834

Al P. Chevaux, Saint-Remy

(Orig. – AGMAR)

Tengo ante mis ojos, mi querido hijo, su carta del 23 de enero pasado. La llegada del sr. Brunet a Saint-Remy pondrá remedio, espero, a los problemas que usted me señala en la primera parte de su carta: el sr. Brunet, por lo demás, no tendrá ya excusas, aparentemente válidas, para no cumplir y cumplir bien sus ejercicios espirituales.

Vengamos ahora, mi querido hijo, al gran mal que usted me ha señalado. Lo que parece abatir sus fuerzas y disminuir la energía de su alma, debería al contrario inflamar su caridad y su celo. No desapruero el sentimiento que tiene de su incapacidad y de todos sus defectos, naturales o adquiridos, pero desapruero el desaliento que ese sentimiento parece producir en usted. – Pero ¿es usted un intruso en el puesto que ocupa? – No, no lo es; sino que usted ha sido enviado legítima y legalmente. Nuestro Señor Jesucristo quiere tener toda la gloria del bien que usted hará y de las victorias que conseguirá. Nuestro Señor quiere hacer participar en esta gloria, no a usted y a los suyos, sino a su augusta Madre, la Santísima Virgen, con cuya protección usted superará todos los obstáculos: [*Lo débil del mundo lo eligió Dios para confundir a lo fuerte*]²¹. ¿Por qué, mi querido hijo, no pone usted toda su confianza en Jesús y María? ¿Cree usted que san Pedro estableció la cátedra apostólica, en Roma, por su educación, por su ciencia, su sabiduría y sus dotes naturales? ¿No cree que tuvo tanto éxito solo por la confianza que tenía en el Maestro que le enviaba? Si usted ora y no obtiene, ¿por qué no continuar orando, hasta que su oración sea escuchada, y mientras tanto, hacer todo lo que él le inspire?

Parece que se le caen los brazos, cuando ve a la juventud que le rodea y que tiene, como usted, la misma misión, llena, dice usted, de buena voluntad, pero que carece de experiencia. – ¿Dónde ha visto usted que los apóstoles y setenta discípulos hayan llegado a tener experiencia antes de trabajar en la gran obra que les fue encomendada? Ellos tenían buena voluntad, es verdad: pero eso era todo. Los discípulos de Nuestro Señor no tenían más capacidad que los apóstoles; conocían, como ellos, toda su insuficiencia; pero como ellos también, tenían toda la confianza en él para la misión que recibían. ¡Cuánto hemos degenerado nosotros! ¿Dónde está nuestra fe, nuestra fe en Jesucristo? No tengo la intención ahora, mi querido hijo, de humillarle, ni de humillar a sus colaboradores, pero sí de despertar a todos de la especie de adormecimiento en que parece que han caído, y recordarles lo que todos ustedes son por la entrada en la Compañía de María. Ustedes son verdaderos misioneros. La enseñanza de la juventud, sea cual sea, no es exactamente el fin que se han debido proponer al consagrarse enteramente a Dios, bajo la protección especial de la augusta María. La enseñanza no es más que un medio que nosotros utilizamos para cumplir nuestra misión, es decir, para introducir en todas partes el espíritu de fe y de religión y multiplicar los cristianos.

Impréguese, mi querido hijo, de estos sentimientos; trabaje en hacerlos llegar a los corazones de todos sus cohermanos, sus colaboradores; seguro que los encontrará en un grado más alto del que piensa. Si todos ustedes están animados, habrán encontrado el remedio al mal horrible que reina en el internado secundario. ¡Todos ustedes son misioneros, cumplan su misión! Quizá el nombre de *misión* pueda excitar la imaginación de algunos,

²¹ *Infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia* (1 Cor 1,27).

imaginándose que, para ser misionero, es preciso ir a predicar de ciudad en ciudad, de parroquia en parroquia, –sin haberse formado la idea de una misión estable y permanente. Hay que rectificar a este respecto, mi querido hijo, todas las ideas que no sean conformes a ella.

Pero quizá se pregunte: ¿Cómo realizar y sostener una misión semejante? ¿Qué resultado se puede esperar? – Voy a darle algunas ideas, de las que quizá pueda usted sacar algún provecho:

1º Unos verdaderos misioneros no deben basarse nunca en sí mismos, en sus talentos y su ingenio, sino poner toda su confianza en la ayuda de la gracia de su misión, y también en la protección de la Santísima Virgen, trabajando en esta obra, para la cual ella ha sido elevada a la Maternidad divina.

2º Todos deben estar bien convencidos de la importancia de la salvación de las almas, rescatadas al precio de la sangre de Jesucristo.

3º El fin principal que todos deben proponerse en todas sus acciones, pero particularmente en sus prácticas espirituales, debe ser la salvación de los alumnos, la enmienda de sus vicios y su progreso en la virtud.

4º Es preciso que todos obren con gran acuerdo. La obra es común, y cada uno es solidario hasta cierto punto de toda la obra. Sin embargo, se pueden distribuir: cada profesor, por ejemplo, los alumnos de su clase; para cada división, el jefe de esta división; en los recreos, todos prácticamente pueden trabajar.

5º Poniéndose de acuerdo verán cómo se pueden vencer algunas de las dificultades que se encuentran. Algunos alumnos, por ejemplo, pecadores ya obstinados y con hábitos arraigados, se los distribuyen entre ustedes: los que están más especialmente encargados de ellos rezan por ellos, piden su conversión, invocan las luces del Espíritu Santo para dirigir bien su conducta.

6º Hay que tener cuidado de no caer en un celo indiscreto. Los comienzos casi ni se notan. No se acertaría con un alumno del que no se hubiera ganado, hasta cierto punto, la estima y la amistad.

7º No se puede ocultar que su internado secundario conlleva dificultades que no se encuentran ordinariamente en otros internados. El de Saint-Remy está compuesto en general de niños de familias distinguidas en el Departamento, sea por su nacimiento, sea por sus riquezas. [*¡Ay de vosotros, los ricos!*]²² Una maldición va unida por así decirlo a ellos. El orgullo del nacimiento y de las riquezas les arrastra ordinariamente a las pasiones más bajas. ¡Qué diferencia, para la educación cristiana, [con] esos internados formados de alumnos, hijos de esos pequeños burgueses del campo ordinariamente poco pudientes!

Pero las dificultades no deben asustarnos: hay que introducir también la religión en las clases superiores de la sociedad. Cuando, en sus trabajos, encuentre algunas de esas dificultades que le parezcan insuperables, podría comunicármelas: quizá podré indicarle algunos medios.

8º A medida que tenga alumnos que se vuelvan seriamente a Dios, encontrará algunos que tendrán celo y de los que podrá usted servirse, respecto a los demás, como pequeños misioneros: he visto en otras ocasiones que se consiguen grandes éxitos.

Usted y todos sus cohermanos pueden en adelante informar de todo lo referente al celo, a la religión y a la piedad, tanto de lo personal como de lo que concierne a los alumnos, al P. Caillet, nombrado Jefe general de celo. Voy a advertírselo.

Tendrá que continuar su correspondencia con el P. Lalanne para todo lo referente a la instrucción. Independientemente de su oficio de Jefe general de instrucción, está encargado especialmente del internado secundario [de Saint-Remy] y de su buen mantenimiento; [pero] no creo que este llegue a mantenerse, por muchos medios que se tomen y por mucha fama

²² *Vae vobis divitibus!* (Lc 6,24).

que se le dé, si la religión no domina en él. Además, nuestro estado es de un orden sobrenatural: si enseñamos las ciencias y las artes, no es más que para enseñar al mismo tiempo la ciencia de la salvación.

Le responderé un poco más tarde, mi querido hijo, sobre lo referente al dibujo: el P. Lalanne ha escrito provisionalmente para hacer retirar los modelos peligrosos²³; le escribiré también sobre el tema importante de los novicios. Voy a escribir unas palabras al P. Fontaine. Voy a escribir también una breve carta común a todos los profesores. Procure también comunicarles la carta que le escribo a usted, pero especialmente al P. Fontaine.

Reciba aquí, mi querido hijo, el nuevo testimonio de mi afecto paternal.

En la carta siguiente, el P. Chaminade sigue tratando con el sr. Clouzet la liquidación de las deudas, y le hace saber también su parecer sobre la enseñanza del dibujo de academia.

726. Agen, 11 de febrero de 1834

Al señor Clouzet, Saint-Remy

(Orig. – AGMAR)

Me alegro, mi querido hijo, de que su registro de inscripción y de admisión esté en regla, según las normas comunes; él da fe respecto a nosotros; pero no puede dar fe desde la aprobación de la Compañía porque: 1º los compromisos no están redactados exactamente según el espíritu de los estatutos; 2º Porque Saint-Remy no era casa central reconocida por la ley; volveremos sobre este punto. Mientras tanto, haga en este punto como en el pasado.

Las ilusiones que se hace el sr. Gaussens sobre la necesidad y el deber de conservar su salud son lastimosas. No se puede pensar que esté completamente curado; obre hábilmente para que perjudiquen lo menos posible a su santificación y al establecimiento.

He ido viendo por sus cartas, mi querido hijo, que se ha visto obligado a hacer pagos inesperados: eso no ha impedido que yo le haya puesto en relación con el sr. Mémain y que les haya invitado a unir sus esfuerzos para liberarnos de la pesada carga de las deudas siempre en trance de agobiarnos, más aun, de aplastarnos.

La descripción resumida que el sr. Mémain le ha hecho llegar no es más que de las deudas exigibles este año. El sr. Auguste ha hecho pagarés de todas sus deudas, o de casi todas, sobre todo de las liquidaciones con los principales proveedores. Los intereses de los capitales se han pagado también a menudo con pagarés. ¡Ya ve usted cuál ha sido su procedimiento para sostenerse! El déficit del año pasado sobrepasa los 6.000 francos.

¿Qué decir de este estado de cosas? ¿Deshacerse en quejas? Por muy fundadas que fuesen, ¿curarían el mal? Podrían incluso agravarlo, haciéndonos parecer desconcertados. Tomemos, mi querido hijo, nuestro mal con una gran resignación, y hagamos todo lo que sea honestamente posible para liberarnos: el primer protesto puede ser la causa de nuestra ruina.

Usted habla de economías y de exigencias del internado secundario. Las economías se deben llevar con el mayor rigor en todas nuestras casas: hablo de economías que pueden hacerse sin ir en contra de lo que conviene. En Saint-Hippolyte y en Ebermunster, se presentaba para este año un déficit de unos 5.000 francos, sin contar unas deudas atrasadas de 7.000 francos, sin contar tampoco 3.000 francos adelantados por el Establecimiento de Colmar. Este Establecimiento, que está en una situación de gran prosperidad²⁴, el señor L. Rothéa lo ha dejado al sr. Coustou con muchas deudas y 5 francos en caja. He puesto orden en el déficit que presentaba Ebermunster. Hago lo mismo, poco más o menos, en Saint-Hippolyte.

²³ Alusión al asunto de las «academias», del que se hablará en la carta siguiente.

²⁴ Desde el punto de vista del número de alumnos.

Es de suponer que un Establecimiento y otro podrán conseguir algún superávit este año. El Establecimiento de Colmar puede valerse fácilmente por sí mismo. Los hermanos Rothéa me suplican continuamente que les deje el excedente de sus ingresos para ayudarles a pagar sus deudas: a lo cual no he creído que debía acceder, teniendo en cuenta la situación de dificultad en que nos encontramos; he concedido solamente el envío de 3.000 francos.

Ya ve usted, mi querido hijo, lo necesaria que es la economía: lo malo es que no tenemos economistas entendidos. Sigo esperando, sin embargo, que con paciencia y firmeza se introducirá el orden en todas partes y que, si podemos salir de la crisis actual, en pocos años estaremos por encima de las necesidades. Pero hay que detener la crisis a toda costa: hay que poner en ello todo el interés que se pone en evitar el golpe mortal.

En cuanto a las exigencias del internado secundario, hasta ahora solo pueden hablar en lo que respecta a los alimentos. Deberían ser satisfechas para que no se notase la ausencia del P. Lalanne. El joven que se le ha enviado como cocinero parece bastante capaz y bastante dócil para economizar sin disminuir la calidad del servicio. En resumen, es preciso dedicar su corazón, su mente y todo su ingenio a Burdeos sin ningún perjuicio de Saint-Remy.

Para ello cuente con los beneficios previsibles del internado secundario y del internado primario, con los ingresos previsibles de las fincas de Saint-Remy y de Marast, con la tala de árboles de Marast, con la venta de la pequeña propiedad comprada a los srs. Nicot y Gobillot, con los préstamos hechos con inteligencia, y sobre todo con las ayudas de la Providencia y la protección de nuestra augusta Madre.

Su última carta se ha cruzado con una de las mías en que le hablaba del sr. Deshayes; si, sin comprometerse mucho, puede usted hablarle, sacarle del desorden, haga todo lo que dependa de usted orando continuamente por él; como usted podría verse presionado a rembolsar cantidades que él le ha entregado, le haré llegar a usted una nota de todas las deudas que él ha contraído y todos los gastos que nos ha ocasionado, desde el comienzo de sus excesos. Siga informándome puntualmente de todo lo que pase y llegue a su conocimiento.

He aquí lo que me escribe el P. Lalanne el pasado día 4: «Si he autorizado academias²⁵ de hombres, [*cubiertas las partes pudendas*]²⁶, es siguiendo ese principio, generalmente reconocido, que la mirada no es ilícita más que por el motivo y no por el objeto; es según este principio que los cristianos, e incluso los religiosos pueden estudiar anatomía. Es tan imposible enseñar el dibujo de la figura humana sin figuras humanas como la anatomía sin cuerpo humano: ahora bien, el dibujo ya no es un arte de recreo, como quizá usted cree. El estado actual de la enseñanza y las condiciones exigidas para la admisión a las Escuelas especiales han hecho del dibujo una de las ramas más importantes de la instrucción pública. Entra en el curso de los estudios de los Colegios reales: he tenido pues las mismas y tan buenas razones para introducir academias en nuestra escuela de dibujo como los teólogos de todos los países y de todos los tiempos han tenido para autorizar a los cristianos los trabajos de disección. Podría ir aún más lejos; tendría mejores razones incluso que aquellas por las que se tolera, por el solo interés de las artes, en el palacio mismo del Papa, el obsceno Apolo de Belvedere²⁷».

El P. Lalanne comienza así su Prospecto del internado secundario: «El curso de estudios que siguen los alumnos les da derecho a presentarse en cualquier Escuela especial, sin exceptuar la Escuela politécnica». – Suponiendo que haya Escuelas especiales de dibujo y de pintura donde se tienen academias, yo no podía pensar, leyendo el Prospecto, que se estaba hablando de este tipo de escuelas especiales.

²⁵ Academia: cuerpo entero, pintado o dibujado según el desnudo.

²⁶ *Velatis pudendis*.

²⁷ El Apolo de Belvedere, una de las obras maestras de la escultura antigua en el Museo del Vaticano, no merece de ninguna manera la calificación que le da aquí el P. Lalanne.

Se dice que se enseña así en los Colegios reales. – No sé si esta enseñanza es general o particular a un pequeño número de alumnos que se destinarían a [determinadas] profesiones. Yo creo que la anatomía del cuerpo humano se ha podido permitir. [Pero] ¿quiénes son los que van a las Escuelas donde se enseña anatomía más que quienes se destinan a las profesiones de cirujano o de médico? Estas profesiones tienen una necesidad rigurosa de los conocimientos de anatomía. Suponiendo que se considere el arte del dibujo y de la pintura como de igual necesidad, la autorización de los teólogos, si existe, –lo que yo desearía saber– me parece que no incluiría a estas Escuelas especiales, Academias de dibujo y pintura, y no podría generalizarse a todo alumno a quien se enseñase el dibujo como arte de recreo. Si se dice que no se sabe, de la mayor parte de los alumnos, qué profesión van a abrazar, respondo que se les podría preparar: ¿no se les puede ejercitar en pintar algunas partes del cuerpo humano distintas de la cabeza y figura humana, como las manos y los pies? Se podría incluso ir más lejos con aquellos que destacan, hacerles dibujar o pintar calvarios, en grabado o en relieve, y de esta manera, se mantendría la promesa hecha en el Prospecto. Si hubiese algunos padres que quisieran que sus hijos siguiesen rigurosamente los cursos de las Academias de dibujo y de pintura, correspondería entonces al internado aceptar o rehusar. Si aceptase, entonces el Maestro de dibujo les daría lecciones particulares, y nunca en la clase general de los demás alumnos. El internado recibiría a esos alumnos solo si cree que no les mueve la pasión y que no son peligrosos para convivir con los otros internos.

Se desea saber 1º si se puede asimilar una Escuela especial de dibujo y de pintura a una Escuela de anatomía; 2º si la autorización que se diese a una Escuela especial de dibujo académico se puede o se debe extender a toda Escuela de dibujo; 3º si las razones –que en el estado actual de la enseñanza, las condiciones exigidas para la admisión a las Escuelas especiales hacen del dibujo una de las ramas más importantes de la instrucción pública, y que [el dibujo] entra en el curso de estudios de los Colegios reales–, tienen la suficiente fuerza como para poner academias, [*cubiertas las partes pudendas*]²⁸, a la vista de todos los alumnos de dibujo de un internado de primera categoría en la enseñanza; 4º ¿qué decir del hecho que se diga como confirmación que en Roma se tolera, por el solo interés de las artes, en el palacio mismo del Papa, el obsceno Apolo?

El principio según el cual se pretende autorizar esta práctica general de la enseñanza, a saber, «que la mirada no es ilícita más que por el motivo, no por el objeto», aunque sea verdadero en sí mismo, no parece tener aquí una aplicación suficiente. ¿Por qué entonces Dios ha revestido con su propia mano a Adán y Eva? ¿No podían ellos admirar en sus cuerpos verdaderas obras maestras? La primera mirada sobre el objeto sin una necesidad real, ¿no hará ilícita la segunda por el motivo?

Haga, mi querido hijo, una copia de este largo punto: desde: *He aquí lo que me escribe el P. Lalanne* hasta el final del párrafo anterior, y désela al P. Chevaux. Usted o él, –si se hace por carta, es mejor que sea el P. Chevaux–, la remitirá al P. Cuenot, Superior del Seminario mayor de Besanzón, rogándole que ponga debajo de la consulta su parecer sobre los cuatro números a decidir: me gustaría que se pasase a los principales directores del Seminario y que todos pudiesen firmar las decisiones sobre la consulta. Exprese además al P. Cuenot y a sus colaboradores mi más sincero y respetuoso afecto.

El sr. Rousse recibió últimamente de sus hermanos la comunicación de que su padre podía terminar su carrera de un día para otro y un modelo de procuración a enviarles enseguida en caso de fallecimiento. El sr. Rousse no creyó prudente enviarles la procuración pedida. Fui consultado. Respondí que él debía excusarse y decirles que le debía mostrarle a usted su confianza como su antiguo superior, y que iba a enviársela a usted. La encontrará aquí incluida.

Una vía no invalida la otra.

²⁸ *Velatis pudendis.*

Hágame, mi querido hijo, un envío de 900 a 1.000 francos para fin de este mes: el P. Caillet me ha avisado de un vencimiento; ya le hablé de ello en una de mis últimas cartas. *Cuento totalmente con usted.* Estrictamente no vence hasta el próximo 6 de marzo; pero se necesitan algunos días para hacerlo llegar a Burdeos y negociarlo. *Cuento positivamente con usted:* no me falle.

Crea en mi total afecto y cariño.

S. 726 bis. Agen, 22 de febrero de 1834
Al señor Clouzet, Saint-Remy

(Orig. – AGMAR)

El sr. Galliot me escribe, mi querido hijo, que el sr. Gaussens se ha restablecido y ha vuelto a tomar su clase, que si el sr. Bouveret no volvía a Courtefontaine antes de Pascua, perdería muchos más internos, porque ellos quieren primordialmente aprender escritura y canto. Algunos ya han salido, creo que me dice que 7, por esa razón. Él sabe además que el sr. Bouveret no está contento en Saint-Remy.

Recibí una carta bastante pobre del sr. Hunolt fechada el 28 de enero pasado. Por mi respuesta, verá usted poco más o menos de qué trataba su carta. No parece querer ir a Courtefontaine desde Pascua hasta fin de año más que para poder ir todos los jueves a Besanzón. Yo creo que prefiere seguir en Saint-Remy.

Cuento, para fin de año, con el envío que le pedí de 900 a 1.000 francos. Comprenderá usted lo nefasto que sería que mi firma en Burdeos se viese comprometida por un protesto.

Reciba, mi querido hijo, mi cariñoso abrazo.

Al P. Chevaux, siempre dubitativo ante las dificultades de la dirección, el P. Chaminade le da consejos, inspirados en su larga experiencia, sobre las sesiones de la Academia, sobre la celebración de los Consejos, sobre la confesión de los alumnos, sobre la admisión de los postulantes, etc.

727. Agen, 25 de febrero de 1834
Al P. Chevaux, Saint-Remy

(Orig. – AGMAR)

Escribo, mi querido hijo, unas palabras al sr. Brunet; le invito a retomar todos sus cursos de instrucción y sobre todo a unirse a usted como misionero.

Advertí al sr. Clouzet del retraso del cocinero; supongo que le habrá comunicado a usted lo poco que le dije.

La sesión dada por el sr. Langue debe hacerle comprender, mi querido hijo, que no debe realizarse en la Academia ninguna intervención, ningún discurso que usted no haya visto antes.

En cuanto a lo que usted llama *Crónicas*, no debe ser leído por los alumnos nada cuya lectura el profesor del alumno no haya juzgado que puede hacerse. Los profesores no deben permitir más crítica que la de los alumnos entre ellos. Los lectores no deben leer las obras que se les encargue más que si tienen el visto bueno del profesor del alumno que las haya escrito y firmado. Si se diese al lector alguna crónica que no hubiese sido supervisada por el profesor, esta crónica sería remitida al P. Fontaine. Veremos más tarde si habría que hacer una supresión pura y simple: pero mientras tanto, buena censura... Hay que establecer esta censura sin ninguna ostentación. El P. Fontaine se pone de acuerdo para eso con todos los profesores; cada profesor avisa enseguida a sus alumnos que no lean o hagan leer ninguna crónica sin habérsela comunicado. Cuanto más sencillamente se hagan las cosas, menos

inconvenientes resultarán. Presumo que este uso caerá por sí mismo, si los alumnos son cultivados por *verdaderos misioneros*.

Por lo que he sabido, mi querido hijo, del secuestro de los dos culpables, me parece que se les consideraría demasiado bien. En todo caso, ¿no se debería aprovechar esta ocasión para hacerles ver clara su mala conducta y ganarlos a la virtud y a la religión? Un verdadero celo aprovecha toda circunstancia. Si se hiciese como es debido la propuesta al Consejo de profesores, alguno podría encargarse de este acto particular de celo: dos podrían ocuparse de ello, uno con el sr. de Frasnais y el otro con el sr. Cheylus.

En los asuntos importantes, más que nunca hay que tomar tiempo para reflexionar y orar: es muy raro que se resuelvan esos asuntos importantes si no es posible tomar un poco de tiempo. Pero si finalmente llega la hora de decidir, hay que tomar la decisión que se crea más conforme a la fe y que complazca más a Nuestro Señor. En lo que respecta a su Consejo para los asuntos corrientes y esporádicos acuda por el momento al sr. Clouzet y al P. Fontaine; pero cuando se trate de algún asunto que pueda reiterarse, –por ejemplo en este del que acabamos de hablar–, de la lectura de las crónicas, cuando usted se dio cuenta del abuso existente o del uso inmoderado que se hacía del permiso dado por el P. Lalanne, usted podría haber tenido un Consejo al que hubiera podido agregar algunos consejeros extraordinarios, profesos definitivos, como el sr. Gaussens y el sr. Brunet, primero para detener el abuso y después para advertir al P. Lalanne e informarme de todo. En estos Consejos, usted debe inculcar en todo su mundo el espíritu de nuestra vocación, y todas las deliberaciones deben estar relacionadas con ello. No quiero decir que hay que establecer un Consejo definitivamente, sino provisionalmente, en la situación en que usted se encuentra. Si usted no tiene tiempo para enviarme a mí y al P. Lalanne el acta del Consejo, cuando se celebre, encargue de ello a quien haya escrito en el Consejo.

Al no haber podido ir a Saint Remy , mi querido hijo, el confesor que esperaba, por enfermedad o por otra causa, le aconsejé a usted, así como al sr. Clouzet, llamar a uno o dos buenos sacerdotes de parroquia para las confesiones de los internos de una y otra comunidad, porque me decían que usted, o el P. Fontaine, o quizá los dos, sucumbirían bajo el peso de la carga si no se les aligeraba. – Parece, por la carta a la que respondo, que los internos no le dan mucho trabajo; porque, en definitiva, si se confesasen una vez al mes, no tendría más de veinticinco por semana. Pero ¡cuántos se confesarían más a menudo! Todos los que podrían ser admitidos a la comunión quincenal; todos los que tienen vivas las pasiones y necesitan presentarse más a menudo al tribunal de la penitencia; vienen a continuación los que tienen que prepararse a la primera comunión, etc., etc. Todo lo que se haga, hay que tratar de hacerlo bien.

La confesión es uno de los grandes medios que el Señor nos ha dado para trabajar en la salvación de las almas. Yo he sido siempre de la opinión de que los Superiores confiesen mucho a todo el mundo: esta unidad de dirección de las conciencias contribuye mucho al empleo de los otros medios, etc. Se lo aconsejé al P. Lalanne en Gray: pareció adoptarlo; pero la necesidad que creyó tener de imponerse, de hacerse temer, le hizo tomar otra dirección. Ni lo apruebo ni lo censuro aquí: solo le hablo de lo que la experiencia y la razón me han enseñado²⁹...

En cuanto a lo que me dice del inconveniente de un confesor de fuera para la comunión del domingo, no me parece importante: debe de haber pocos que comulgan todos los domingos, y estos son muy breves ordinariamente en sus confesiones semanales; todos los que hacen comuniones menos frecuentes pueden hacer una confesión preparatoria y tenerla al terminar el sábado o la víspera de fiesta, y entonces estos confesores no tienen que dejar los

²⁹ Se sabe que con la publicación del Código de derecho canónico de 1917, la Santa Sede dio directrices diferentes. El P. Lalanne tomó por principio, siendo Director, no confesar a sus alumnos.

trabajos de sus parroquias. Si pudiese entenderse con el sr. párroco de Cubry, tan próximo a Saint-Remy, siempre sería un alivio más o menos considerable.

Para la cuaresma, haga este año como en el anterior. Exhorte solamente a todos los novicios y religiosos a suplir en particular, con la oración y la mortificación, las privaciones de las que están dispensados. Volveremos sobre este punto enseguida.

Si los dos novicios o más bien postulantes se vuelven a presentar, usted los admite como postulantes, los examina, los prueba y ve si pueden ser admitidos como novicios. Cuando un postulantado funciona bien, ordinariamente hablando, se le puede juzgar por las cualidades de los postulantes. Yo le prometí notas sobre los novicios; las hice enseguida: la idea de releer todo lo que había sido escrito sobre el noviciado y de hacer una redacción duradera ha hecho que usted no las haya recibido. Mis ocupaciones se multiplican tanto que raramente tengo tiempo para trabajar sobre estos temas: se las enviaré tal como están.

Cuando recibí su carta, en que hace usted mención de la desolación del sr. Bonnet por la indigencia de su madre, respondí al sr. Bonnet, y sin duda mi carta no había llegado, proponiéndole aumentar, o más bien doblar la pequeña pensión [de su madre y] hacer que el sr. párroco de Mauriac le dé 100 francos cada año. Para evitarme más cartas, puede usted escribir al sr. párroco de Mauriac rogándole que dé a la sra. Bonnet la suma de 100 francos, distribuida según sus necesidades, y que tenga a bien encargarle el número de misas correspondientes para pagar esta suma; que además está usted de acuerdo conmigo para esta propuesta. Diga al sr. Bonnet que, después de todo lo que le he dicho y prometido, siento mucho sus crisis que tan sensible le hacen; que me comunique con entera confianza todo lo que le aflige.

¡Que el Señor se digne derramar, mi querido hijo, sobre usted y sobre todos sus hijos sus más abundante bendiciones!

He aquí las Notas sobre el noviciado anunciadas en la carta anterior. Fueron consignadas tal cual en el Registro de las Ordenanzas de la Compañía. Más tarde, el P. Chaminade las copió de nuevo de su propia mano, dándoles una forma impersonal, y las insertó en las Constituciones de 1839, artículos 307 y siguientes. Véase todavía, sobre estas Notas, el Esprit de notre fondation, n. 862.

728. Agen, 11 de marzo de 1834

Al P. Chevaux, Saint-Remy

(Orig. – AGMAR)

ORIENTACIONES A UN MAESTRO DE NOVICIOS

El interés que usted pone en formar a los novicios confiados a su solicitud, me hace superar gustosamente la especie de repugnancia que siento, en medio de muy numerosas ocupaciones, a dar en general consejos de dirección, y sobre todo en una materia tan delicada. Para una mayor utilidad, haré esta carta común a todos los que están encargados en la Compañía de una dirección semejante.

Yo quisiera primeramente que un Maestro de novicios se impregnase bien del espíritu de la Compañía de María; que sienta vivamente su naturaleza y su fin. Solo el nombre de Compañía de María puede reanimar todos sus sentimientos. En efecto, ¿qué es la Compañía de María? Es la reunión de los hijos de María, los más implicados en los intereses de la augusta Madre, que, sin ningún respeto humano, se asocian para fortalecerlos, primero en ellos mismos y después en todos con los que tengan relación.

Si usted ha entrado alguna vez en el Corazón de nuestra tierna Madre, no ha encontrado en él más intereses que los mismos del Corazón sagrado de Jesucristo, su adorable Hijo, su Primogénito, nuestro Hermano mayor. Es que el amor tan ardiente que María nos

tiene nos lleva a la conformidad con este Primogénito; su ambición –si se puede utilizar este término refiriéndonos a la más santa de las criaturas–, toda su ambición es que todos los hijos que su caridad ha engendrado después de él, estén de tal modo unidos que con él no hagan más que un mismo Hijo, un mismo Jesucristo.

Animado de estos sentimientos, le será fácil reconocer a quién debe admitir de los que se presenten para entrar en la Compañía de María. No admita nunca, por favor, a quien no vea ningún signo de vocación divina, ninguna de las operaciones del Espíritu Santo que les llevarían a presentarse. Es verdad que a veces, por un designio secreto de la misericordia de Dios, algunos se han aproximado a nosotros primero por motivos completamente humanos: estaremos contentos cuando sepamos penetrar este secreto de la Providencia y hacerlo reconocer a los demás. Pero, en general, cuando se presenten a usted los sujetos para entrar en la Compañía, eleve primero su alma a Dios, y entréguela enteramente al Espíritu de Jesucristo. Y como otro Samuel, mírelos, examínelos, no solo sobre las apariencias, sino más especialmente sobre sus disposiciones interiores: [*Dios penetra el corazón*]³⁰.

Sí, debe mirar el corazón: si no ve ninguna operación del Espíritu Santo, quiere decir que no ve ningún signo de vocación. Como todos los deberes de la vida religiosa se reducen a dos: a la *separación del mundo* y a la *unión con Jesucristo*, también debe percibir en los que se presentan algunos sentimientos relativos a eso deberes, como por ejemplo el temor u horror del mundo, la idea de la incompatibilidad del espíritu del mundo con el espíritu del cristianismo, la falsedad de sus principios, etc. Para los que hayan participado menos en la corrupción del mundo y que no hayan adoptado sus principios, si su piedad parece inspirada por una verdadera fe en Jesucristo, si manifiestan alguna devoción a la Santísima Virgen, usted verá qué parte tiene la fe en esos sentimientos. Esos signos pueden ser más o menos característicos: en caso de duda, hay que recibir a los sujetos como postulantes, si además tienen las demás cualidades requeridas para la admisión.

El postulante puede ser más o menos largo; pero, en general, no debe durar más que el tiempo necesario para asegurarse de la vocación de los sujetos, en el sentido de los signos de vocación que haya creído [descubrir] en ellos. Con unos, vaya examinando lo que es el mundo y lo que es el espíritu del cristianismo; los peligros inminentes que hay permaneciendo en un lugar donde reina el azote de una peste devastadora, etc. Con los otros, hable a menudo de las grandezas y amabilidades de Jesucristo y de su santa Madre, de la dicha de ser llamado a su servicio para procurar su gloria, etc.

Cuando crea que los signos de su vocación están suficientemente desarrollados y tenga una certeza moral de que perseverarán, redacte un acta con todos los motivos que tiene a favor de su admisión y también con los temores que le queden todavía, y envíela al Superior general.

Hasta ahora, no hemos hablado de los novicios propiamente dichos.

El novicio debe traer, al iniciar las pruebas, un deseo sincero de vivir en el despojamiento total de su entendimiento y de su voluntad. Es como el primer paso en la perfección religiosa, renunciar totalmente a sí mismo, no querer juzgar nada con la propia mente, ni darse a nada por propia elección. Es un principio fácil de reconocer si existe. Sin esta renuncia, efectivamente, no se puede entrar pronto en el Espíritu de Dios, que quiere ocupar el alma de los que él llama a su servicio, y llenar su mente de su luz, para suplir a la suya, incapaz de guiarles. Dios no ocupa lugar en nosotros más que después de una dimisión completa de nosotros mismos.

Sacaré de ello dos consecuencias prácticas:

Primera. – En la perspectiva de ese principio, durante el noviciado, se quita a los jóvenes el deseo de disponer de sí mismos, y se les acostumbra a ponerse en manos de Dios solo, no debiendo ya vivir ni obrar en nada más que según su beneplácito. Se pide, por

³⁰ *Deus cor intuetur*. Alusión a la elección de David por Samuel, tal como se relata en 1 Re 16.

ejemplo, que renuncien a toda clase de visitas de su propia elección, y que no salgan o que tampoco reciban a nadie sin el consentimiento de sus Superiores, que ocupan el lugar de Dios: en ellos honran su espíritu y su persona misma; es a él mismo a quien deben tener intención de obedecer. Obedeciéndoles, se ponen bajo la dirección de un Dios visible, esperando que los Superiores obedezcan al Dios invisible y sean capaces de seguir sus secretas inspiraciones.

Segunda. – En los estudios, las lecturas espirituales, los ejercicios y las prácticas de piedad, los novicios deben desconfiar mucho de su amor propio, de su curiosidad, de su voluntad propia; y para llevarles al espíritu al espíritu de dependencia y de sumisión, hay que hacerles notar que nadie en la tierra debe estar exento de ello.

«Por muy iluminado y por muy elevado que se esté, decía el P. Olier, siempre hay que exponer sus sentimientos y someterlos a quien ocupa el lugar de Dios en la tierra. Así era la fidelidad del mismo Jesucristo, que sometía las luces y los movimientos del Espíritu Santo en él a la dirección de la Santísima Virgen y de San José, en quienes Dios su Padre residía, para hacerse aprobar los sentimientos interiores que él les comunicaba. Después de que Jesucristo ha dado a toda su Iglesia tal ejemplo de sumisión, ¡qué hombre habrá tan presuntuoso que se proponga de parte de Dios una conducta que le dispense de someter su juicio y su voluntad a la sabiduría y a la autoridad de sus Superiores!»³¹.

Apoye a menudo esos principios generales con máximas particulares, por ejemplo: Morir al mundo y a sí mismo, tener el mismo horror del mundo que mostraba san Pablo cuando decía: Estoy crucificado al mundo y el mundo está crucificado para mí (Gál 6,14). – Huir del mundo y temer sus encantos, sus atractivos, el aire contagioso que se respira en él: [*No améis al mundo ni lo que hay en el mundo (1 Jn 2,15)*]³². – Si el mundo os ama, afligíos, porque algo tenéis de él en vosotros: [*Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que es suyo (Jn 15, 19)*]³³. – Lejos de buscar la aprobación y la estima del mundo, hay que renunciar a ello; porque él no puede estimaros si no sois conformes a él y si no le aplaudís: [*Si agrado a los hombres, no sería siervo de Cristo (Gál 1,10)*]³⁴. – Hay que abstenerse de hacer nada que sea conforme al mundo y de imitarle en sus maneras de obrar, de pensar, de vestirse: [*No os conforméis a este mundo (Rom 13, 14)*]³⁵. – Lo propio del cristiano es revestirse, en su interior, de las inclinaciones, costumbres y virtudes de Jesucristo: [*Revestíos de Señor Jesucristo (Rom 13,14)*]³⁶.

No hable, mi querido hijo, de esta muerte mística al mundo y a sí mismo sin dejar ver la preciosa vida en Jesucristo que debe seguirla. Nosotros no morimos más que para vivir. Todo el cristianismo y toda su perfección están en esta muerte y en esta vida; es la doctrina de san Pablo: [*Consideraos, pues, muertos al pecado pero vivos para Dios en Cristo Jesús (Rom 6, 11)*]³⁷.

No puedo menos que citarle aquí una recomendación, por larga que sea, del P. Olier a los jóvenes de su Seminario. Parece contener toda su doctrina, que es también la nuestra.

«No basta con haber renunciado al mundo y a sí mismo; hay que entrar también en la vida de Jesucristo, que es la nueva criatura, a imagen de la cual debe formarse en nosotros el hombre perfecto. Quien quiera ser mío, nos dice él, que viva en una contradicción perpetua

³¹ El pensamiento del P. Olier puede precisarse así: aunque Jesucristo, por la dirección interior que recibía continuamente de su Padre celeste, estuviese seguro de hacer siempre lo que era más conforme a su divina voluntad (Jn 8,19), sometía sin embargo la dirección de toda su conducta a María y José (Lc 2,51). Este pasaje y el siguiente están sacados de los *Principios relativos a los Seminarios. Obras completas del P. Olier*, Migne, pp. 1142.1144.

³² *Nolite diligere mundum, neque ea quae sunt in mundo.*

³³ *Si de mundo fuissetis, mundus quod suum erat diligeret.*

³⁴ *Si hominibus placerem, Christi servus non essem.*

³⁵ *Nolite conformare huic saeculo.*

³⁶ *Induimini Dominum Jesum Christum.*

³⁷ *Existimate vos mortuos quidem esse peccato, viventes autem Deo in Christo Jesu.*

consigo mismo; que habite en un reino totalmente diferente del mundo o de la carne; que tienda sin cesar a Jesucristo por la fe, no pretendiendo nada para su propia satisfacción, porque la fe no da cuartel a la naturaleza, a los sentidos, a la razón y a las propias ideas. Ella es de la naturaleza misma de Dios, que es su autor. Tan inflexible como él, no desciende nunca por debajo de él: puede elevarnos por encima de nosotros y atraernos a ella, pero nunca desciende ella hasta nosotros. Y lo que aflige a toda criatura que no está muerta a sí misma es no tener nada, no encontrar nada en la fe en que pueda descansar sobre sí misma y saborear su propia satisfacción. La fe es el tormento de toda la naturaleza: busca elevar siempre a la criatura por encima de sí misma, a pesar de su propio peso. Es Dios quien nos mantiene así en una separación continua de nosotros mismos. Porque su designio, uniéndonos a él por la fe, es transformarnos en él. Cuando se llega a esta transformación, ya no se ve nada más que en la luz de Dios. El entendimiento del hombre divinizado ya no juzga, ya no gusta, ya no entiende las cosas a su manera, sino a la de Dios; tan elevado por encima de sí mismo que lo está por encima de los sentidos, entra en una nueva naturaleza: todo en él llega a ser nuevo. Un alma crucificada por la fe no se inclina más que hacia las cosas divinas y no suspira más que por ellas; su vida está en Dios; su reino y todas sus esperanzas están en Dios. Desde lo alto de la región celeste que habita, todo lo que no es Dios lo encuentra tan pequeño y despreciable que se sorprende de que se pueda amar alguna cosa creada. Toda criatura le repugna. Siente todavía, en la parte inferior de sí misma, un resto de inclinación por las cosas de la tierra, y es un estorbo, un peso, un tormento intolerable. Desde ese momento, no puede estar contenta más que cuando esté en plena libertad de gozar de Dios, y cuando, como un pájaro liberado de la red que le tenía atrapado y le impedía volar en plena campiña, pueda decir: Has roto mis ataduras. Así es como un clérigo, con mayor razón un sacerdote, está obligado a vivir separado de la tierra y habitar en el elemento de la fe, donde volando, elevándose y planeando con toda libertad, se deja conducir sin tardanza ni obstáculo por todos los sitios donde el Espíritu de Dios le lleva: *[A donde estaba el ímpetu del Espíritu, allí se dirigían (Ez 1,12)]*³⁸».

Uno de los grandes obstáculos que se encuentra ordinariamente en los jóvenes novicios es el amor a los padres. Este obstáculo es tanto más grande cuanto no parece serlo; parece apoyado por el cuarto mandamiento de la Ley de Dios, y autorizado a menudo por personas que parecen prudentes. Conviene extenderse en explicaciones para que los novicios puedan hacer este sacrificio con la misma generosidad que todos los demás.

Es doctrina de los santos Doctores de la Iglesia que los religiosos renuncian a sus padres según la carne para no vivir más que en los brazos y bajo la autoridad de Jesucristo, su único Padre según el espíritu, por quien han pasado de la vida grosera y animal a una vida espiritual, interior y divina.

Los padres seculares y temporales son las imágenes de Dios en cuanto a la vida exterior y corporal, de las que él es el principio. Pero como nosotros pretendemos morir a esta vida natural y grosera, pretendemos por eso morir a la herencia grosera y corruptible de este mundo, para entrar en posesión del Dios de la verdad, del que todas las criaturas que componen el universo son como el velo y la sombra en que él se oculta; sombra que no deja penetrar más que a sus hijos, es decir a los cristianos que, habiendo renunciado a sus sentidos y al amor de las cosas exteriores, reciben de Dios una vida divina e interior. Estos ven en él, por la fe, su calidad de Padre, el único de quien esperamos nuestra herencia. Es el testimonio que le rinden los que hacen la profesión religiosa en manos del Superior de la Compañía: el Superior representa en la tierra la paternidad divina.

El Apóstol nos enseña que hay en el mundo varias paternidades: *[De quien procede toda paternidad en el cielo y en la tierra (Ef 3,15)]*³⁹. La primera es la paternidad temporal, que expresa la fecundidad de Dios en la comunicación de su ser, en la que el hombre se asemeja a

³⁸ *Ubi erat impetus Spiritus, illuc gradiebantur.*

³⁹ *Ex quo omnis paternitas in coelo et in terra nominatur.*

los animales y a las plantas, siendo su generación, como la del hombre, una expresión de la fecundidad eterna de Dios, que engendra su imagen desde toda la eternidad en la Persona de su Hijo. La segunda paternidad, de un orden muy superior, es la propia de Dios solo, en virtud de la cual él comunica a su Iglesia, no un ser natural y común, sino un ser de santidad y de gracia, un ser divino.

No le será difícil confirmar esta doctrina con algunos textos de la Sagrada Escritura y también con los grandes ejemplos que nos han dado todos los siglos cristianos.

A continuación de esta carta, voy a hacer copiar algunas notas que redacté a petición de un Maestro de novicios: no las envié entonces con la intención de adaptarlas a lo que las Constituciones han dicho ya sobre los noviciados y su dirección, y después no he podido ocuparme de ellas. Así se ve que lo mejor es a menudo enemigo de lo bueno.

La dirección de un Noviciado es mucho más difícil que la de una comunidad de profesos, sobre todo si los novicios tienen el espíritu de su estado. A medida que vaya encontrando dificultades que no haya podido resolver, incluso en la oración, infórmeme de ellas.

¡Que el Señor se digne derramar, mi querido hijo, abundantes bendiciones sobre usted y su preciosa familia!

NOTAS SOBRE EL NOVICIADO

1º Los primeros meses de entrada de los novicios deben emplearse especialmente en llevarles al espíritu de penitencia, a la purificación del corazón, a oraciones a su alcance, a confesiones generales o extraordinarias.

2º Si el Noviciado fuese numeroso y el Maestro de novicios no pudiese dedicar a los nuevos que entrasen las instrucciones a darles sobre la oración y la vida purgativa, nombraría a alguno de los antiguos y más fervorosos novicios para ponerlos al corriente; continuando siempre explicando en sus conferencias regulares todo lo referente al verdadero religioso y especialmente el religioso de María.

3º Cuando los novicios tienen conocimiento de la naturaleza de los cinco votos que deben emitir en la profesión⁴⁰, –que comprendan que los tres grandes votos que se llaman de *religión*: la pobreza, la castidad y la obediencia, contienen la observancia de todos los consejos evangélicos, y que estos votos son la vía estrecha que conduce a la vida eterna–, es preciso que amen el objeto de estos votos y que esperen con impaciencia entrar por esta hermosa vía, siguiendo a Jesús y María.

4º Cada novicio debe ser libre para comunicar en todo momento sus penas, sus tentaciones y sus dificultades: pero la entrevista o apertura de alma ordinaria y de regla debe ser sobre las oraciones mentales y vocales, sobre todo lo que pasa sea procedente del Espíritu de Jesucristo, sea procedente del tentador. A veces los novicios podrán rendir cuenta de sus exámenes diarios.

El Maestro de novicios debe poner el máximo cuidado en dirigirlos en sus oraciones y en animarlos a hacer progresos en ellas. En cada entrevista o en cada rendición de cuentas de la oración, el Maestro director se limitará simplemente a señalar un defecto a evitar o la omisión de un medio a mejorar. Si el novicio recae en el mismo defecto o en la misma omisión, el Maestro volverá a las mismas observaciones. Un Maestro de novicios que actúa así está moralmente seguro del éxito de sus trabajos. Los novicios ordinariamente no se tambalean ni se desaniman más que cuando no oran u oran mal. Como estas entrevistas son particulares, el Maestro puede escuchar sin inconveniente alguno tanto a los nuevos como a los antiguos.

⁴⁰ Votos de pobreza, castidad, obediencia, estabilidad y de enseñanza de la fe y de las costumbres cristianas: este último voto fue suprimido en 1865, porque expresaba el fin del Instituto más que constituir un medio.

5º Cuando los novicios estén en esa situación, podrá seguir las orientaciones que se dan en el *Cuaderno de dirección*⁴¹, tanto para las virtudes de preparación y de purificación como para las virtudes de consumación.

6º El Maestro de novicios no debe limitarse a dar conferencias sobre el estado que abrazan, sino que debe emplear exhortaciones vivas y conmovedoras sobre los temas más adecuados para provocar el espíritu de penitencia: es el fin general de todo el noviciado.

7º En cuanto a la oración, el Maestro de novicios dirigirá a sus alumnos según la *Práctica de la oración*⁴²; pero nunca obtendrá resultado si él mismo no ha tomado ya el hábito de una buena oración y si no continúa entregándose a este santo ejercicio.

8º El Maestro de novicios podrá seguir, en sus explicaciones de los votos, lo que se dice al Jefe de celo sobre la naturaleza de los votos, para tener una buena información de cada uno de los profesos y conocer los progresos que pudieran hacer. Pero, además, empleará todos los medios y hará todo lo posible para hacerles amar la doctrina evangélica: esto no será difícil, si se han gustado su suavidad y su amabilidad en los ejemplos que nos han dado de ello el Hombre Dios y su augusta Madre.

9º Los mismos ejercicios, las mismas prácticas y el mismo tipo de instrucciones deben darse en el Noviciado eclesiástico y en el Noviciado laico⁴³: solo que los Maestros de novicios deben adaptarse, en sus conferencias e instrucciones, a la inteligencia, y también a la educación de sus alumnos.

10º En los tiempos libres que haya entre los ejercicios del Noviciado, las ocupaciones no pueden ser las mismas en uno y otro Noviciado; pero en todos, se debe aprender la religión, cada uno a su nivel; en uno y otro, el catecismo, más o menos ampliado, más o menos razonado; la historia sagrada también, siempre según el alcance de los alumnos de los Noviciados. Si hay sacerdotes en el Noviciado eclesiástico, podrán ser encargados, en uno u otro Noviciado, de las explicaciones del catecismo o de la historia sagrada; podrán incluso encargarse, según lo que el Maestro de novicios considere conveniente, de las instrucciones de las que se habla en el nº 6.

11º Todos los eclesiásticos a punto de recibir las Órdenes sagradas, y con mayor razón los sacerdotes, podrán obtener fácilmente dispensa de una parte del tiempo de Noviciado, e incluso de los votos trienales, para emitir, después de un año y un día de Noviciado, según los cánones, la profesión perpetua⁴⁴. Bastará que hayan tomado el hábito de una buena oración, que amen los santos compromisos que se toman en la profesión religiosa, que deseen consagrarse enteramente a Dios, bajo la amable protección de la augusta María. Los eclesiásticos, como los laicos, firmarán también el acta de sus compromisos, según los estatutos aprobados por Ordenanza real.

12º Los obreros, los que ejercen distintos oficios, pueden ocuparse en sus artes u oficios, más o menos, según lo determine el Maestro de novicios. Lo mismo sirve para los que vayan a dedicarse al servicio.

13ª Después de un cierto tiempo de prueba, se hará, con cierta solemnidad, la renovación de las promesas del bautismo, en el Noviciado de los laicos, y también en el Noviciado eclesiástico para los simples clérigos u ordenados de menores. Todos los sacerdotes, o los que se encuentren en las Órdenes sacerdotales, harán la renovación del espíritu sacerdotal. Más tarde se podrá establecer cómo llevar a la práctica una y otra renovación.

⁴¹ Véase *Esprit de notre fondation*, n. 860.

⁴² Véase *Esprit de notre fondation*, n. 251.

⁴³ Hasta 1865 hubo en la Compañía un noviciado distinto para los sujetos destinados al estado eclesiástico: la unidad de Noviciado fue establecida en esa fecha por indicaciones de la Santa Sede.

⁴⁴ Se sabe que, en las antiguas Órdenes, los sujetos, al salir del noviciado, emitían votos simples perpetuos.

14º En los dos noviciados, a medida que los novicios hagan progresos, su Maestro o director los probará más o menos, según su capacidad. Unas veces las pruebas serán puramente individuales; otras veces, podrán ser colectivas para un cierto número de individuos, o incluso generales. Estas pruebas serán ordinariamente relativas a alguno de los votos de religión.



He aquí dos notas de dirección espiritual, breves, pero llenas de sentido.

729. Agen, 3 de marzo de 1834
Al P. León Meyer, Courtefontaine

(Copia – AGMAR)

Si usted lleva el recogimiento a sus ocupaciones, estas no perjudicarán a la oración. Todos nuestros trabajos, sean cuales sean, no deben ser más que una continuación de la oración: [*Es preciso orar siempre y no desfallecer*]⁴⁵.



730. Agen, 4 de marzo de 1834
Al señor Justino Dumontet, Villeneuve-sur-Lot

(Copia – AGMAR)

Con un poco más de coraje y de fidelidad, usted andará completamente por la buena vía. Esta vía parece estrecha, y lo es en efecto: pero es la que conduce a la vida eterna. Hijo mío, ¿ha pensado alguna vez en estas palabras evangélicas: Es la vía estrecha la que conduce a la vida eterna? No pensemos ya como niños, no obremos ya como niños; y realmente, mi querido hijo, su edad no es la de un niño.

Reciba, mi querido hijo, etc.

El señor Justino Dumontet (1813-1903), a quien va dirigida la nota anterior, es una de las más interesantes figuras de la Compañía en esta época.

Su abuelo, italiano de origen y profesor de lengua italiana en el liceo de Burdeos, había sido convertido en 1801 por el P. Chaminade, como se puede leer en la *Vida* de este. En 1823, cuando tenía 10 años, el joven Justino perdió a su madre y fue adoptado por el Fundador, que le hizo hacer su primera comunión en la Magdalena y le admitió como postulante en San Lorenzo. Desde entonces, se creó una gran intimidad entre el joven y el anciano. Al sr. Justino le gustaba contar que, estrechándole contra su corazón, el P. Chaminade le decía: ¡Hijo mío, sé fiel!

Después de su profesión (1829), el joven religioso siguió un tiempo en San Lorenzo, y después, en 1831, fue enviado a Agen, y en estas dos casas estuvo muy unido a la persona del Fundador. «Tuve la dicha de estar encargado del servicio de su persona, escribe él, durante cerca de un año en que él vivió en el Noviciado de San Lorenzo, y pude ser el afortunado testigo de sus hábitos piadosos. Cada noche, le ayudaba a acostarse, dándole los cuidados que necesitaba por su escara en el brazo, preparándole su lecho y recibiendo su “Buenas noches” paternal. En cuanto se acostaba, empezaba la invocación al santo Nombre de Jesús, que él repetía 33 veces, sin duda para honrar los 33 años de Jesús en la tierra. En Agen, durante dos años, tuve

⁴⁵ *Oportet semper orare, et numquam deficere* (Lc 18,1).

también la dicha de servirle. Comía en su cuarto, y cada noche, después de la cena, leía al P. Nouet. Entonces me di cuenta de que se daba disciplina, porque las cortinas de su alcoba estaban manchadas de sangre a la altura en que las espaldas tocaban las cortinas, y sus camisetas de franela estaban cubiertas de costras de sangre en el lugar de las espaldas: lo hice notar a las Hijas de María, cuando iba a llevarles la ropa del Buen Padre para lavarla».

En su larga carrera, el sr. Dumontet ejerció las funciones de director en Clairac, Réalmont, Chalabre, Servian y Gensac; después ocupó el cargo de sacristán en París y en Burdeos: finalmente pasó los últimos años de su vida en la Escuela Sainte-Marie de Caudéran, donde murió ya muy anciano.

Formado en la virtud desde su infancia por el Fundador, fue, en todas partes por donde pasó, un modelo edificante. «Se puede decir, escribe uno de los que le conocieron bien, que toda su vida fue una sucesión de actos de un celo vehemente por los intereses de la gloria de Dios y de la salvación del prójimo. Nadie podía separarse de él sin haber oído unas ardientes palabras de edificación sobre Nuestro Señor o sobre la Santísima Virgen».

Desde pronto, en una época en que la comunión frecuente era todavía rara, incluso en las comunidades religiosas, el sr. Dumontet se mostró fiel a la comunión diaria. Como sacristán, se hizo notar por su respeto y su piedad en el cuidado de los altares. Tenía un don especial para preparar a los niños a la primera comunión, y en la Magdalena de Burdeos se dedicó con celo a la obra de los pequeños auverneses.

El sr. Dumontet ha dejado recuerdos preciosos de la vida del Fundador.

731. Agen, 4 de marzo de 1834
Al señor Clouzet, Saint-Remy

(Orig. – AGMAR)

Recibí, mi querido hijo, la orden de pago vía París que usted me envió muy oportunamente; algunas horas después de su recepción, he tenido una posibilidad segura de enviarla a Burdeos: le agradezco la prontitud que ha puesto en la ejecución de la petición que le había hecho.

El sr. Mémain acaba de llegar de Burdeos: le he hecho llegar la carta de usted del pasado día 18. No hemos podido hablar nada sobre nuestros asuntos de finanzas; está en vísperas de pasar el examen para obtener el Diploma del grado superior de enseñanza primaria: está totalmente enfrascado en prepararlo. La suerte del Establecimiento de Agen depende de él en cierta manera. Pero acabo de recibir una carta del sr. Auguste que me comunica que acaba de terminar con el sr. Pommez una negociación de 14.000 francos, que serán hipotecados sobre la casa de Razac para siete años. De esta manera, el sr. Auguste hará levantar la hipoteca del sr. Bardinot sobre la misma casa y se pagarán algunas deudas atrasadas en pagarés al sr. Pommez.

Me ha parecido que la carta que usted escribe al sr. Mémain no era tan consoladora como la que me escribe a mí; volveré sobre este punto de una y otra después de que los asuntos del Establecimiento de Agen se arreglen, si se arreglan, porque hace mucho tiempo que están enredados.

Le enviaré una procuración para vender las porciones separadas de la finca de Saint-Remy, a reserva de que más tarde se reemplacen por otras porciones contiguas a la finca. Haga también todo lo que sea mejor para la venta de la propiedad comprada el pasado año a los srs. Nicot y Gobillot.

Escribo al sr. Lassigne: le envío la carta al P. Meyer para que le sea entregada. Cuando se decida que tiene realmente las actitudes de un verdadero religioso, enviaré una obediencia para hacerle venir al Noviciado eclesiástico de la Magdalena. Tiene usted razón en no querer emplear a jóvenes que no han hecho el noviciado, y sobre todo a jóvenes que son ya de edad: el sr. Lassigne tiene 32 años.

El sr. Prouhet me respondió, excusándose por la pérdida que había tenido y enviándome una cuenta que ascendía a más de 1.600 francos; le he respondido por medio del sr. Bonnefoi que él mismo había desaprobado esa cuenta presentada al P. Lalanne. Nada nuevo sobre el sr. Deshayes.

El joven de los hermanos Étignard se ha repuesto de su seria enfermedad, según se dice; él desearía mucho volver a Burdeos y, sin embargo, hace tiempo que no oigo hablar de él, ni tan siquiera a su hermano mayor.

Está bien, mi querido hijo, que me diga todo lo que sabe del P. Fontaine y de los demás residentes del palacio: pero debe tener cuidado cuando habla de ellos al P. Lalanne. Si siempre le habla de la inexperiencia del P. Fontaine y de los demás profesores, es porque él se cree totalmente necesario, y de aquí resulta... Usted concede a todos una buena voluntad, y parece que efectivamente la tienen; achaca todo a la inexperiencia. Sin duda, el P. Fontaine no tiene una experiencia consumada, ni tampoco ninguno de los profesores: pero no es del todo verdad que no tenga ninguna experiencia; es que este internado es muy difícil de llevar. Hay que animarles más que censurarles. He escrito a todos en general, y a algunos en particular, como al P. Chevaux, al P. Fontaine, al sr. Chopard, de una manera bastante detallada. Espero que todo se vaya rehaciendo poco a poco, y mejor que nunca. Al principio quizá se noten poco los progresos; pero como son reales, la casa tomará otro tono.

Hay que considerar como perdido, mi querido hijo, el terreno que se destina al mapa de Francia⁴⁶. El P. Lalanne tiene mucho interés en este mapa; y da buenas razones para ello: veremos después si la práctica puede responder a la teoría...

No me dice usted nada del sr. Athias. ¿Está curado? El P. Lalanne espera tener en él un maestro de horticultura, que quiere que enseñe en el internado secundario: deja al internado primario la agricultura, como más propio de él.

He prometido al sr. Chopard que le escribiría a usted a favor de su padre, y efectivamente se lo recomiendo: parece que el pariente en cuya casa está lo tendría por 200 francos al año. Arregle todo con su hijo: quizá lo tendría por un poco menos. Usted se extraña de que yo le hable de acciones de tanta generosidad en la situación de apuro en que nos encontramos; pero estoy convencido de que la limosna bien entendida no ha empobrecido nunca a nadie; he conocido personas que incluso hacían limosna más abundante cuando estaban amenazadas de ruina, y de hecho se reponían⁴⁷.

Siempre me olvido, mi querido hijo, de hablarle del joven Crétin carpintero, que tiene muy grabado que en su profesión no se le dio anillo, ni se le ha procurado después. Sin parecer de que ha sido advertido, déle uno que él hará bendecir antes de ponérselo. Le abrazo, mi querido hijo, con todo cariño.



Un religioso infiel emplaza al P. Chaminade ante la justicia para conseguir de él indemnizaciones a las que no tiene derecho: se podrá ver en las cartas siguientes con qué calma y desprendimiento responde el Fundador a este ataque injustificado.

⁴⁶ Véase la carta 617.

⁴⁷ El P. Chaminade alude sin duda a su hermano Luis, de quien escribió a su muerte: «La Providencia venía manifiestamente en su ayuda durante su exilio en España, andaba escaso en medios de subsistencia; parecía incluso que cuando pasaba más necesidad, su piadosa estratagema era redoblar las limosnas» (Notas autógrafas, para la oración fúnebre de Luis Chaminade por el sr. David Monier, en GUILLERMO JOSÉ CHAMINADE, *Escritos y palabras I. El tiempo de los laicos. La Congregación de Burdeos*. N. 67. Madrid, Servicio de publicaciones marianistas, 2012, pp. 259-263).

732. Agen, 7 de marzo de 1834
Al señor Clouzet, Saint-Remy

(Orig. – AGMAR)

Recibí ayer, mi querido hijo, una citación ante el señor Juez de paz de Amance, por parte del sr. Deshayes; le envió a usted la citación misma y, en la otra parte de esta carta mi poder para representarme ante el tribunal del señor Juez de paz.

En los papeles que le he enviado, podrá ver usted por las cuentas del propio sr. Deshayes que él entendía que debía pagar todos los gastos ocasionados por sus locuras y sus desórdenes.

Usted me escribió que antes de entrar en una liquidación de cuentas con él, quería que él fuese autorizado por su padre. Los 1.600 francos de los que usted acusa recibo ¿los ha recibido de su padre? ¿Qué escritura ha firmado? Si ha tratado directamente con el hijo, ¿no embrolla usted el asunto pidiendo la autorización del padre? Por otra parte, ¿por qué ha tratado con el hijo? ¿Por qué le ha hecho anticipos sin pedir el consentimiento del padre? Si tenía que dar algún dinero al sr. Deshayes, después de un arreglo amistoso, o juicio arbitral o incluso de tribunal civil, entonces solo requeriría la autorización de su padre para recibir. No hago más que expresarle mi punto de vista.

Es un asunto bastante simple: tiene que presentar su cuenta de manera que no pueda ser contestada en ninguno de sus puntos, al menos razonablemente. Si el sr. Deshayes no quiere recibirla ante el Juez de paz, no habrá conciliación: entonces usted tendrá que esperar una nueva citación ante el Tribunal civil. No ataque nunca; solo defiéndase y prácticamente su única defensa es su cuenta.

El sr. Mémain hizo algunos pequeños anticipos al sr. Deshayes; no sé si habrá anotado el extracto en sus libros antes de que esta carta haya salido. El sr. Mémain está muy preocupado con un examen que tiene que sufrir para obtener un diploma de capacidad del grado superior.

No hace más que tres o cuatro días que le escribí a usted una carta bastante larga: le renuevo el testimonio de mi inquebrantable afecto.

P.S. El sr. Deshayes comunicó al sr. Mémain una nota escrita por usted, en que le fijaba su pensión del noviciado en solo 200 francos por año, lo que no supondría más que 400 francos. El sr. Mémain le hizo ver que debía ser una equivocación de usted, puesto que la tasa de la pensión ordinaria del noviciado es de 400 francos por año.

Le envió, señor, la citación que recibí ayer para comparecer el próximo 7 de abril ante el señor juez de paz del cantón de Amance de parte del sr. Deshayes. Le ruego que me represente y, como está usted citado por el mismo asunto con un mandato judicial separado, le doy poder para tratarlo tanto en su nombre como en el mío; para transigir amistosamente o negarse a ello, para defender nuestros derechos como para hacer las concesiones que juzgue convenientes, para hacer —en una palabra— todo lo que yo mismo pueda hacer. En favor del poder.

S. 732 bis. Agen, 14 de marzo de 1834
Al señor Clouzet, Saint-Remy

(Orig. – AGMAR)

Provisto ya de mi poder, señor, para regir y administrar el palacio y la finca de Saint-Remy, por la presente se le autoriza a negociar la venta de los terrenos separados del conjunto de la finca; firmar el acta de venta por el precio convenido, retirar su montante, expedir el

recibo y hacer en una palabra, a este efecto, todo lo que yo mismo podría hacer, aceptando desde ahora todo lo que haya hecho. En fe de lo cual. En favor del poder.



Para apresurar la liquidación de las deudas de la Compañía, el P. Chaminade comprendió que lo primero que se imponía era poner orden en la economía de cada casa: se ocupó de ello en la Ordenanza siguiente.

733. Agen, 15 de marzo de 1834
A los Directores y Ecónomos de la Compañía

(Copia – AGMAR)

ORDENANZA SOBRE LA TENEDURÍA DE LIBROS EN LA COMPAÑÍA DE MARÍA

Nos, Superior general de la Compañía de María, continuando con la simplificación y rectificación de la administración temporal de la Compañía de María, y deseando reducirla a la mayor uniformidad posible, hemos ordenado y ordenamos lo que sigue:

Art. 1º. Todas las cuentas de gastos e ingresos en nuestros distintos establecimientos, serán cerradas y ordenadas en el plazo de un mes, es decir hasta el 15 de abril de 1834. El balance de las cuentas se hará y se anotará cada mes, en el debe y en el haber, según el diario del que se hablará en el artículo 3.

Art. 2. Se renueva la prohibición de hacer otros gastos que los que están ya señalados, en cada Establecimiento, tanto en la alimentación como en el vestuario, mobiliario y reparaciones de mantenimiento. Cualquier otro gasto que los precitados, en cada Establecimiento debe ser autorizado por la Administración general: no entran en este artículo los gastos que corren a cargo de los municipios.

Art. 3. En cada establecimiento se llevarán tres clases de libros o cuadernos, que podrán estar juntos o separados, a voluntad de los Jefes:

Un primero, llamado *Diario*, donde se inscribirán día a día todos los ingresos o gastos, sin ninguna línea en blanco;

Un segundo, llamado *Libro mayor*, que abrirá una cuenta particular, a nombre de cada proveedor o de cualquier otra casa con la que se mantiene una cuenta. El Jefe o el Ecónomo del Establecimiento tendrá un pequeño cuaderno particular, a nombre de los distintos proveedores, que presentará a estos para que ellos mismos escriban los artículos que suministren, [con] la fecha y el mes. El Jefe o el Ecónomo del Establecimiento escribirá cada semana esos suministros en el Libro mayor, con el nombre correspondiente;

Un tercero, llamado *Libro de inscripción de los alumnos*, que abrirá una cuenta particular a cada alumno de pago, externo, mediopensionista o interno, donde se registrarán todos los suministros hechos al alumno, así como los ingresos o pagos hechos para él o por él.

Se llevará igualmente, en cada establecimiento, un cuaderno que abrirá una cuenta particular a cada miembro de la Compañía, donde se registrarán todos los suministros, gastos, ingresos o pagos referentes a él.

Y una cuenta para todo el mobiliario, acondicionamiento, ropa de la comunidad, etc., etc.

Art.4. La presente Ordenanza es confiada, para su ejecución, a nuestro Asistente general de trabajo.

Dado en Agen, el 15 de marzo de 1834, con nuestra firma y el refrendo de nuestro Secretario particular.



Nueva carta de dirección al P. Chevaux, a quien el Fundador estimula y anima en medio de sus dificultades. Se podrán leer con interés algunas directrices sobre las ordenaciones.

734. Agen, 14 de abril de 1834

Al P. Chevaux, Saint-Remy

(Orig. – AGMAR)

El P. Lalanne me escribió, mi querido hijo, el 7 de este mes: «Hace mucho tiempo que pedí al sr. Chopard composiciones de sus alumnos; tres veces he escrito a varios para que se las reclamen: ninguna respuesta; no veo que venga nada. Le envié instrucciones muy detalladas para comunicar a los profesores de 7ª, 6ª y 5ª: parece que no han tenido conocimiento de ellas. Le ruego que haga valer su autoridad para que yo consiga lo que pido con todo derecho». Vea, por favor, con el sr. Chopard, por qué no ha respondido y enviado al P. Lalanne lo que le ha pedido; y que lo haga cuanto antes y directamente, si no lo ha hecho cuando le haya llegado a usted esta carta.

En general, mi querido hijo, es difícil tener de Saint-Remy respuestas prontas y detalladas para poder hacerse una idea. Estoy esperando, por ejemplo, todos los días saber si se ponen ustedes de acuerdo para conseguir que en sus internos se cumplan los objetivos de la Compañía de María. Supongo que los trabajos de Pascua le han dejado poco tiempo para escribir; pero entonces, ¿por qué no encargar de ello a alguno de los profesores?

Acabo de releer su carta del 9 de marzo. Se queja usted con razón de ver a los mayores agruparse entre ellos durante los recreos, no divertirse, etc., etc., y me pregunta: ¿Qué hacer? – Pero, mi querido hijo, ¿cómo no ha hecho esta pregunta al Señor mismo en la oración? ¿Cómo, después de mis cartas, no ha repetido la pregunta a cada uno de los profesores en particular o colectivamente? Seguro que habría tenido una respuesta. ¿Cree usted que ha cumplido bien los deberes de un Superior misionero suspirando por el mal que ve, y gimiendo por su ignorancia o su incapacidad? No hay duda de que el Señor no le rehusará sus luces y sus gracias para cumplir dignamente las funciones del puesto al que le ha elevado. Lo que le digo a usted, se lo digo al P. Fontaine. Tenga ánimo, mi querido hijo, ponga su confianza en Dios, y actúe; actúe más por sus cohermanos que por usted mismo.

La lectura de la larga carta que le escribí como Maestro de novicios⁴⁸ podrá ser útil a algunos de los profesores: tiene usted ahí como la serie de principios a tratar con varios de entre ellos.

Usted me preguntó el 12 de marzo si debía enviar algunos eclesiásticos a la ordenación de Pascua. – Aunque hubiera yo escrito en cuanto llegó su carta, mi respuesta no habría llegado para la ordenación. Sinceramente, mi querido hijo, ¿cree usted que esa es la manera de tratar el asunto de los que se van a ordenar? ¿No le dije el año pasado, que había que hacerles pasar un examen previo antes de enviarles a la ordenación? Y con la testificación de una capacidad suficiente, ¿no había que enviarme también una testificación de su conducta religiosa?

Generalmente, en cada ordenación, cada uno de los que vayan a participar en ella deben llevar una preparación interior muy especial: digo una preparación muy especial, como para recibir un sacramento, y un sacramento que debe imprimir carácter. Cuanto más religiosos sean, más sentirán la importancia de esta preparación. [Cuando falta esta], en el tiempo de las ordenaciones, el demonio ordinariamente tiende lazos donde caen los

⁴⁸ Carta 728.

ordenandos y los que los envían a la ordenación. Hace surgir en los ordenandos algunos escrúpulos. Sus directores los creen muy convencidos; ellos mismos se ciegan sobre sus disposiciones: aparentemente van a la ordenación por obediencia. ¿Cómo pueden recibir las gracias del sacramento?

¡Tenga cuidado, mi querido hijo! Yo no quisiera volverle a usted mismo escrupuloso; pero sí quisiera que su dirección estuviese iluminada con las luces de la fe. El escrúpulo no es más que una debilidad de espíritu, y a menudo una ilusión del espíritu de las tinieblas.

Me detengo aquí. Esta carta está empezada hace varios días: durante todo este intervalo me he visto interrumpido con frecuencia.

Reciba mi cariñoso abrazo.

